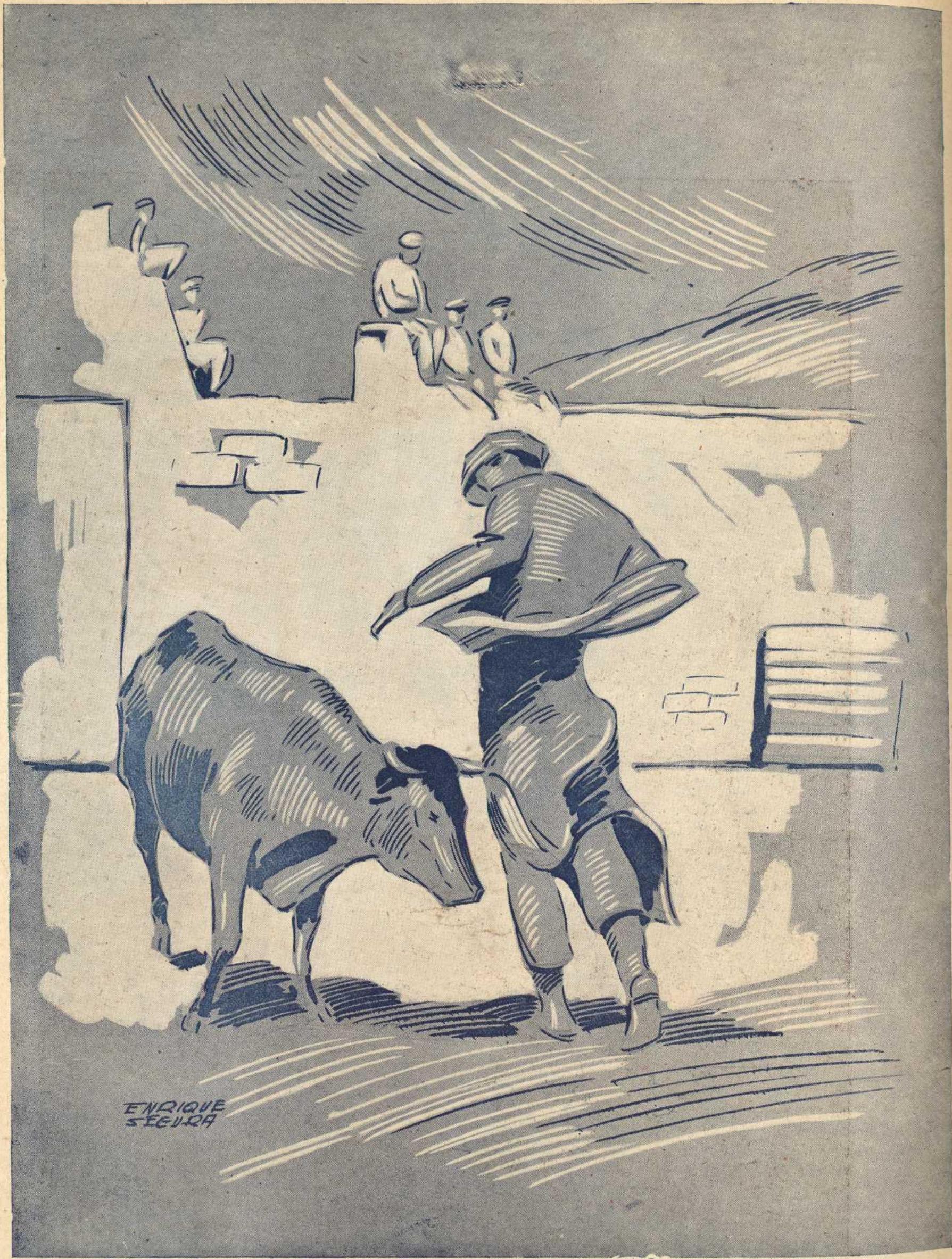


El Ruedo

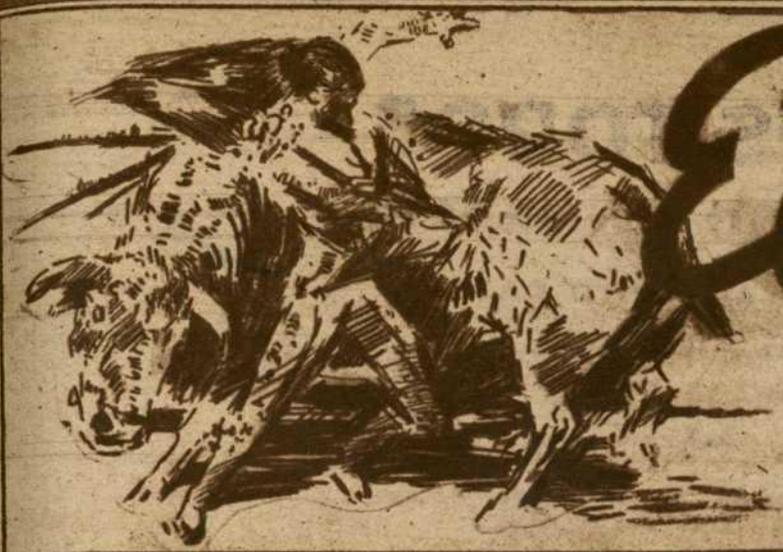


2
Ptas.

Torero
en rojo
(Cuadro de
Diego Rivera)



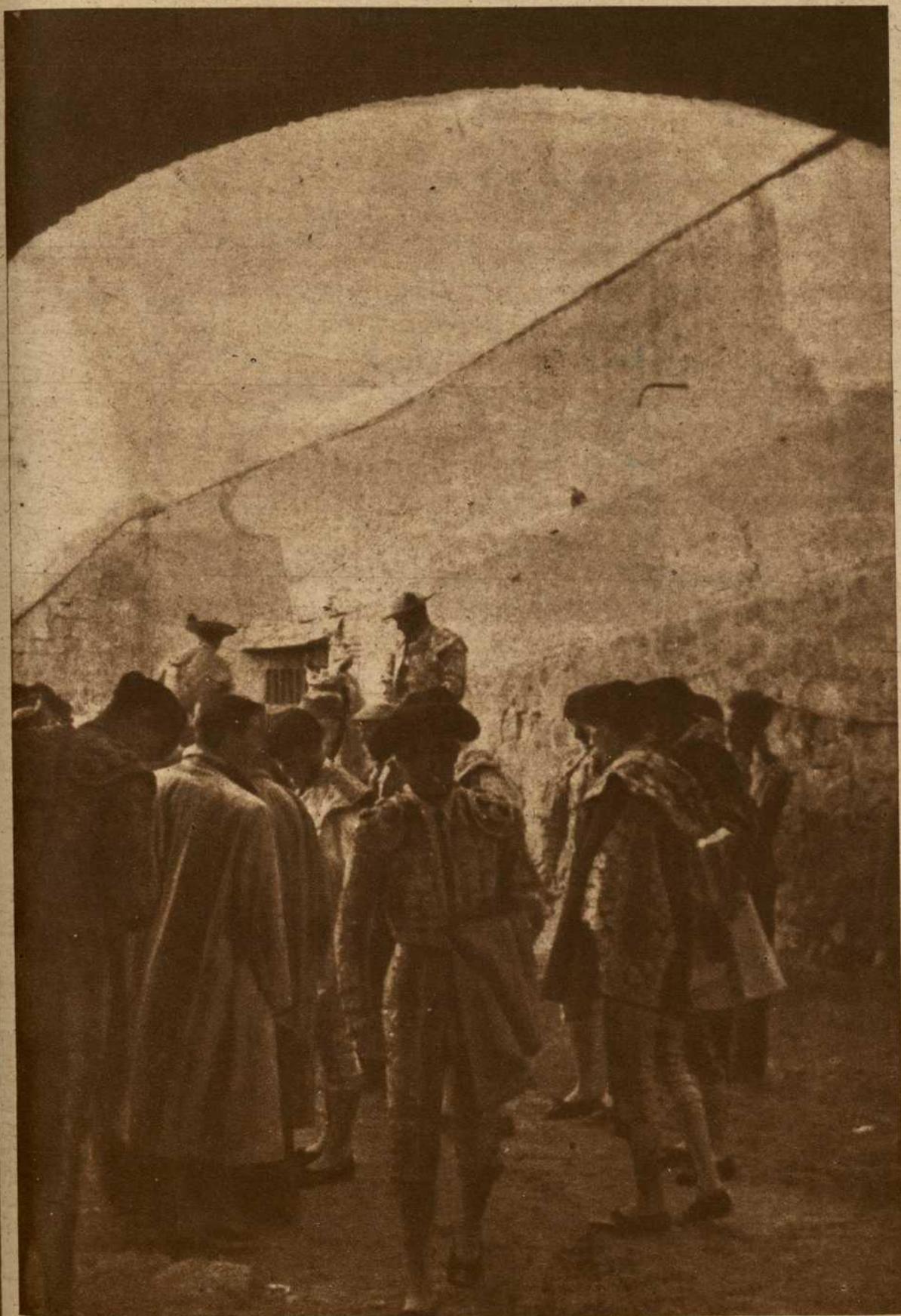
Toreando en una tienda



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III - Madrid, 18 de abril de 1946 - N.º 95



Toledo ofreció el domingo uno de los carteles que más podían satisfacer a los aficionados: Domingo Ortega, Antonio Bienvenida y Luis Miguel Dominguín. Y Toledo ha canalizado la afluencia de los espectadores en favor de los recogidos en los establecimientos de la Beneficencia Provincial.

El fotógrafo capta aquí una bella estampa de la fiesta, que es un cuadro de viejo sabor, cuando los matadores viven esos momentos inquietantes antes de que les dé en la cara la luz y el clamor del paseíllo. Junto a la maestría de Ortega y el arte de Antonio Bienvenida, que venía luchando, hasta lograrlo, por encontrarse a sí mismo; el gesto de Luis Miguel Dominguín, que, con una herida sin cerrar, salió a torear porque se trataba de los pobres de Toledo, a los que no es ésta la primera vez que ofrece su valentía y su arte.

(Fotos Mari)

EL LAPIZ EN LOS TOROS

LA CORRIDA DEL DOMINGO EN MADRID

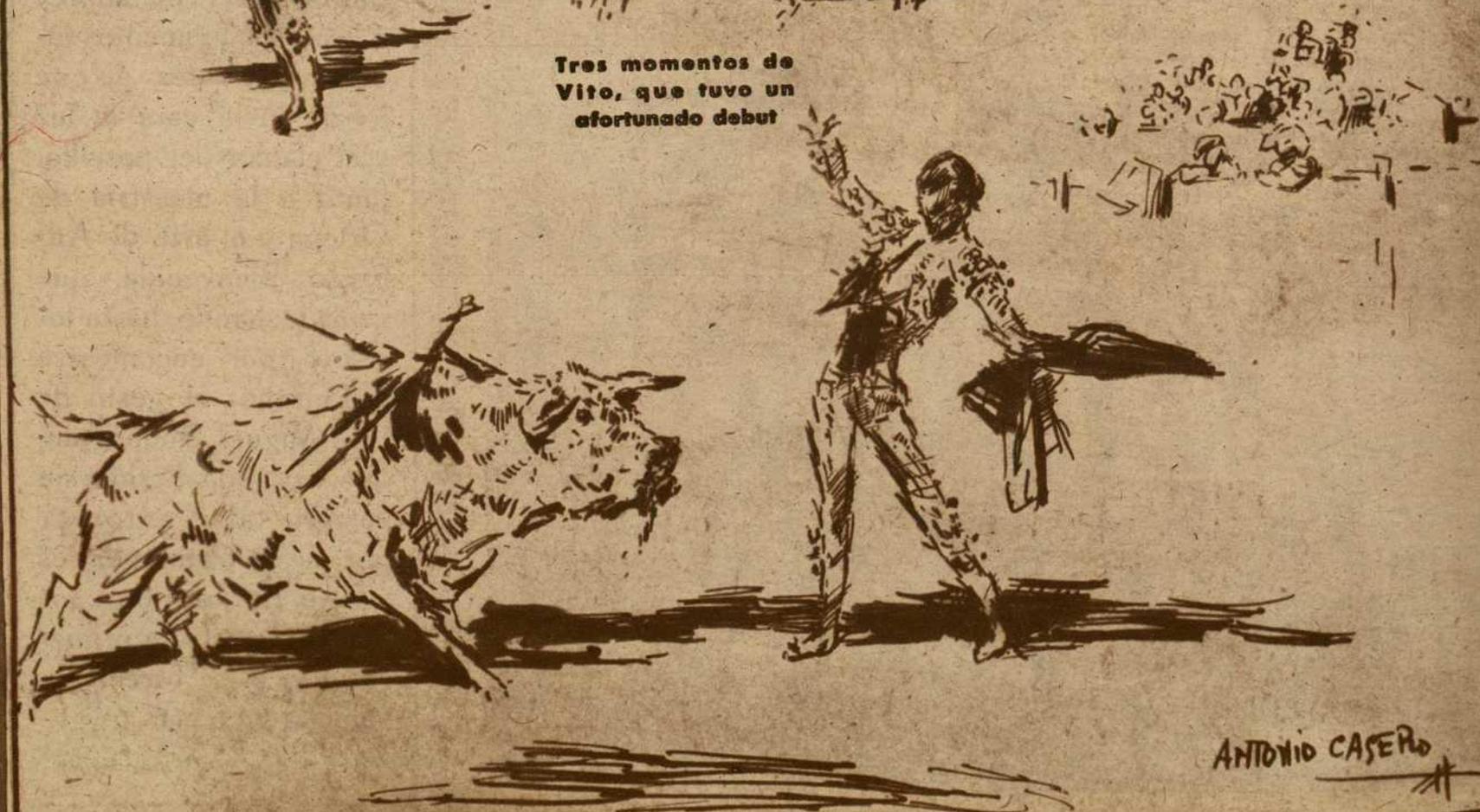
Por ANTONIO CASERO



El prólogo de la corrida... ¡serrín!



Tres momentos de Vito, que tuvo un afortunado debut



ANTONIO CASERO

EL jueves, día 11, se celebró en Alcalá de Henares la corrida que había sido suspendida el domingo, día 7, por el mal estado del piso del ruedo. No se llenó la Plaza, ni mucho menos. Y eso que la terna de matadores la formaban Armillita Chico, Antonio Bienvenida y Parrita. El ganado, de Guardiola, terciadito y manejable. Parrita cortó una oreja y salió en hombros. Bienvenida estuvo bien en uno y regular en otro. Armillita, que banderilleó bien al cuarto, no pasó, en lo demás, de regular.

El ganadero fué multado con 1.400 pesetas por insuficiencia del peso de sus reses.

Día 14.

Hubo en Madrid presentación de ganadería y de dos novilleros. Muchas novedades que el público no apreció. La entrada fué mediana, tirando a mala.

El ganado, desigual en presentación, fué bastante parejo en cuanto a mansedumbre. Las señoritas de Jordán de Urries harán bien si renuncian a enviar más reses de su vacada a Madrid. Y el público madrileño se lo agradecerá mucho.

Manuel Perea, Boni, mató tres mansos. Poca decisión, pocas ganas de pelea y sobra de recursos para salir del paso. Mal camino para un novillero.

Se presentó Julio Pérez, Vito. Buen banderillero y torero enterado. Algo verde aún con la muleta; pero valiente y con afición, buen estilo, juventud y facultades. Una promesa.

Luis Parra, Parrita, fracasó en todos los terrenos. Sólo mató un novillo. No fué poco que saliera por su pie del ruedo.

En Toledo se celebró una corrida benéfica. Reses de Tovar, terciadas y fáciles. Domingo Ortega, Antonio Bienvenida y Luis Miguel Dominguín cortaron orejas y rabos. A Luis Miguel Dominguín es le abrió la herida que un toro de Atanasio Fernández le produjo el domingo, día 7, en Barcelona. En Toledo, como unos días antes en Alcalá de Henares, tampoco se llenó la Plaza.

De los seis novillos que se lidiaron en Valencia, uno pesó 289 kilos. De los toros que se lidiaron en Toledo, uno dió 228 kilos. Los novillos eran de Pablo Romero y los toros de Tovar. El novillo de Pablo Romero lo mató Ramón Arasa, y el toro de Tovar, Domingo Ortega.

POR ESPAÑA Y AMERICA

Parrita triunfó en Alcalá de Henares.-Afortunada presentación en Madrid de Julio Pérez, Vito.--Ortega, Antonio Bienvenida y Luis Miguel cortaron orejas en Toledo. Un novillo de 289 kilos y un toro de 228.--Exito del mejicano Paco Rodríguez en Valencia.--Proyectos de la Empresa de Madrid

Ramón Arasa oyó música en las dos faenas que hizo en Valencia. Alternaron con él Francisco Rodríguez (mejicano) y Vicente Fauro. El mejicano cortó dos orejas en el segundo y una en el quinto. Fauro estuvo regular en uno y bien en otro. Todos los novillos fueron aplaudidos en en arrastre, y el mayoral de la ganadería dió la vuelta al ruedo después de lidiado el quinto.

En Zaragoza se corrieron novillos de Benítez Cubero, que dieron buen juego, excepto el sexto. Antonio Corona, muy valiente, cortó la oreja del cuarto. Fernando Pérez Taberner, bien en los dos. Gabriel Pericás, que cortó la oreja del tercero, estuvo breve en el sexto.

En Barcelona se suspendió la novillada a causa de la lluvia. Estaban anunciados Belmonteño, Joselito Montero y el portugués Diamantino Vizeu.

En Bogotá lidiaron reses de la ganadería de Venecia, Gitanillo de Triana, Manolete y Arruza. Gitanillo cortó las dos orejas del primero y se defendió bien del mal estilo del cuarto. Manolete cortó las orejas de sus dos toros, y Arruza las orejas del tercero y las orejas y el rabo del sexto.

Llegan noticias de Nueva York que informan que se encuentran en dicha ciudad, sin poder regresar a España por falta de transporte, los diestros Cagancho, el Estudiante, Fermín Rivera, Manolo Escudero, Cañitas, el novillero José García y un hijo de Rodolfo Gaona.

El martes invitó el señor Alonso Orduña, en representación de la Empresa de Madrid, a una

comida a los cronistas taurinos madrileños. A los postres, el señor Alonso Orduña, después de hacer algunas consideraciones sobre la actual carestía del ganado y manifestar que por las corridas de seis toros que en 1939 se pagaban a 16.000 pesetas, hoy se pagan 90.000, y aún hay ganadero que pide por seis toros 125.000 pesetas, manifestó que la Empresa de Madrid tiene adquiridas corridas del marqués de Albayda, Benítez-Cubero, Concha y Sierra, Rogelio Miguel del Corral, Vicente Charro, Curro Chica, Domecq, Atanasio Fernández, Galache, Muriel, vizconde de Garci-Grande, Salvador Guardiola, Miura, herederos de Montalvo, Carlos Núñez, Pablo Romero, Antonio Pérez, Graciliano Pérez Taberner, Alipio Pérez T. Sanchón, Luis Ramos (Villamarta), conde de Ruiseñada, Arturo Sánchez Cobaleda, José María Soto, Bohorquez (Procedentes de Murube) y Villagodio. En los prados propiedad de la Empresa hay actualmente dos corridas de Villagodio, dos del conde de Ruiseñada y una de Sánchez Cobaleda, otra de Muriel, otra de Vicente Charro, otra de Rogelio Miguel del Corral y otra de Alipio Pérez T. Sanchón.

Han sido contratados los hermanos Bienvenida, los Dominguín, Pepe Luis Vázquez, Juan Belmonte, Gallito, el Andaluz, Manolo Escudero, el Choni, Pepín Martín Vázquez, el Albaicín, Rafael Llorente, el Boni, Parrita, Aguado de Castro y los mejicanos Fermín Rivera, Luis Briones, Alfonso Ramírez (Calesero), Andrés Blando, Cañitas, el Espartero y Juan Estrada.

Dijo que se quiere contratar a Domingo Ortega, y que se hablará con el Estudiante y Gaitnillo de Triana tan pronto como regresen de América. Manifestó que es muy probable que Silverio Pérez venga a España y confirme su alternativa en Madrid.

Dijo, finalmente, que la Empresa se propone impedir que los toreros que no hayan toreado para la Empresa o no tengan compromiso con ella, toreen en corridas benéficas; que la Empresa cobrará por el piso de Plaza para esas corridas el 20 por 100 del aforo; que la misma prohibición que habrá para los toreros se establecerá para los ganaderos, y que las entradas de los poseedores de carnets las despachará, para las corridas benéficas, la Empresa.

Esperemos.

B. B.

Cagancho



El Estudiante



Rivera



Escudero



Cañitas



PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



LEGAMOS a la fecha considerada como oficial inauguración de la temporada bajo un signo, si no negativo, poco prometedor. Algunas Plazas anunciaron ya espectáculos para la señalada fecha del Domingo de Pascua. Atrás quedaron los preámbulos con las corridas falleras, la de Castellón, las de Barcelona, las de Canarias y las de Alcalá y Toledo. Estas dos últimas, como de encargo para estimular por un

lado y decepcionar por otro a los aficionados madrileños. Estimular a los que pueden desplazarse de la capital y decepcionar a los que les es imposible ir más allá de la Plaza de las Ventas.

Todos los días se conocen noticias de empresarios que no ultiman estas o aquellas combinaciones para sus Plazas porque esperan la llegada de Manolete y Arruza. Cuanto se ha hecho ya o se ha ultimado para próximamente ha sido —según se desprende de declaraciones interesadas que pueden leerse u oírse con frecuencia— porque no había otro remedio, o poco menos. Y la verdad es que ese aire de salir del paso de un modo provisional que aparentan las Empresas resulta poco halagüeño para los diestros y para el público. Si Manolete y Arruza organizan su propaganda a base de sembrar la incertidumbre sobre las fechas de su llegada, aquí se debían organizar los carteles a base de su ausencia definitiva, al menos por esta temporada, de los ruedos españoles.

De las corridas ya celebradas, y por sus resultados, pueden deducirse nombres de máximo interés para la fiesta, y de las anunciadas para la Pascua ocurrirá, sin duda, otro tanto. Los empresarios no tienen que hacer sino otear el panorama, echar mano de lo que tienen a su disposición, que no es poco, y no jugar al alza de las localidades, con vistas al regreso de los ausentes, porque eso sí que va a ser catastrófico para todos.

No me cansaré de insistir en este gravísimo punto, y exhibo, como muestra de preocupación para cuantos se interesen por la fiesta, de que haya ese juego alcista, el hecho de que a las corridas de la Feria de Sevilla, anunciadas ya, se hayan puesto los mismos precios a las localidades que se pusieron el año pasado, en que torearon Manolete y Arruza. Es decir, que el encarecimiento, o no viene de la presencia de estos diestros o, si viene, es mucho peor, porque no es posible, ni imaginar siquiera, los fabulosos precios que alcanzarían los boletos. Lo que se dice un desastre; porque mal está que rijan como corrientes los precios que fueron tope en la temporada anterior, ¡pero que se aumenten!...

Y para terminar, la reiterada interrogación sobre las corridas madrileñas: ¿Se conocerá siquiera, a la hora de escribir estas líneas, el cartel de inauguración de la temporada? Porque a la hora de escribirlas, un denso velo de misterio cubre las más absurdas cábales, que sólo se despejan tarde y con daño, según una triste experiencia. ¡Oh, la Meca del Toreo!



LA NOVILLADA DEL DOMINGO en las Ventas



Autoridades, toreros y Empresa, reunidos en el centro del ruedo, deliberando sobre el estado del pla



Vito, para quien fueron las mejores palmas, en un pase estatuario por alto



El novillero andaluz Vito, en un magnífico de banderillas a su primer novillo

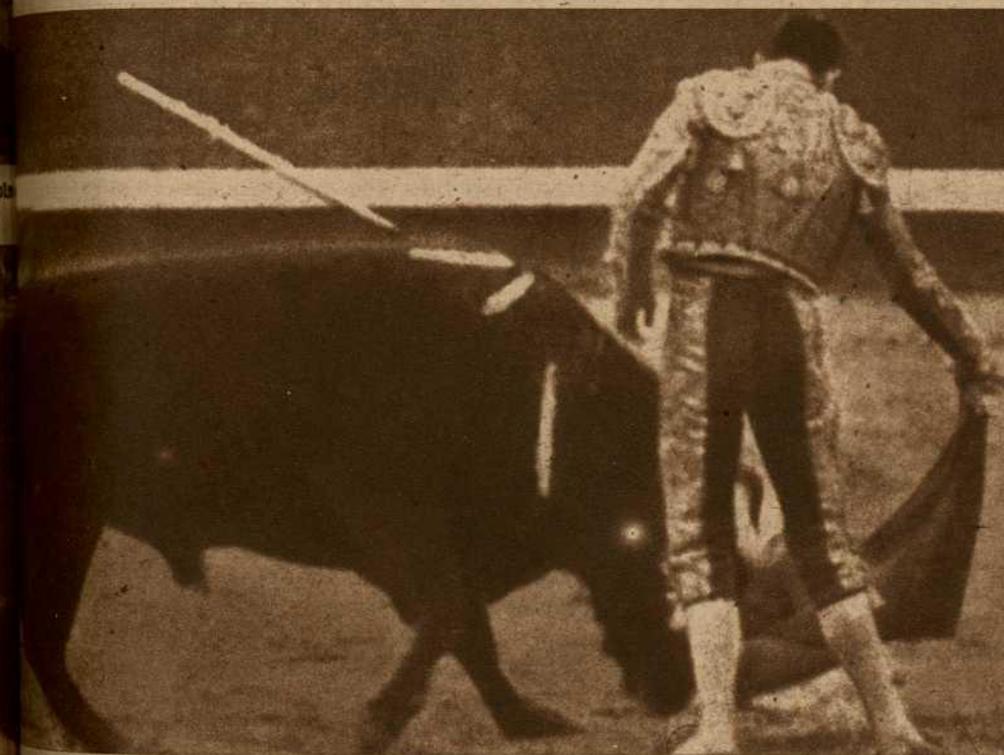


Fotografía ejemplar, en la que se demuestra, poco más o menos, de lo que es capaz Luis Paes cuando tiene la capa entre las manos

Novillos de las señoritas JORDAN DE URRÍES para Manuel Perea, BONI; Julio Pérez, VITO, y Luis Parra, PARRITA



Después de decidida la celebración del festejo, los areneros intervienen y tratan de tapar los charcos



Manuel Perea, Boni, en un pase por bajo con la derecha a su segundo novillo



Luis Parra lance de Manuel Perea, Boni, en una intervención suya en el tercio de quites del primer novillo (Fots. Baldomero)

LA SEMANA EN LAS VENTAS

¡VIVA! ¡VIVA!



Manuel Perea, Boni

LA semana taurina de Madrid no ha podido ser más pequeña en sus resultados. Igual que las anteriores, me dirán. Según y cómo, porque cuando se va metiendo la temporada en danza, seguir en plan de novillada de San José, es menguar sin duda. Y eso sin contar las aldobadas, huecas o poderosas, de Alcalá y Toledo, a seis y doce leguas, respectivamente. Y sin contar con que a siete días escasos de la inauguración de verdad, no se sabe nada. Ni yo, ni ustedes, ni la Empresa, con seguridad. ¡Viva! ¡Viva! Aquí estamos, pues, con lo sucedido. Y les advierto que me venga trazando el plan de evitar, en el comentario de lo que se fuera viendo, toda alusión a la organización de la Empresa. No se puede y me rindo, porque como todos los caminos llevan a Roma, cualquier línea sincera —es muy cómodo cerrar los ojos y coger el tren— que se escriba en materia de crítica taurina, se vuelve dardo contra la Empresa madrileña. Es más fuerte que todos los propósitos, a no seguir una conducta de accionista de la misma. Y aún en eso porque, con el paquete de títulos debajo del brazo, también alcanzaría mirando el bolso. La cuarta entrada de la temporada, o sea, la registrada el domingo, 14 del corriente, fué irrisoria. ¡Viva! ¡Viva, otra vez!

Lo primero que pensó tan ilustre entidad empresaria, fué sin duda suspender aquello «por mal estado del piso». Pero como para ello hacían falta veintitrés gotas, y las caídas fueron diecisiete en junto, allí fué de ver cómo, a la hora del comienzo en punto, no se había eliminado ni un charquito. Un mal intencionado hubiera pensado que se formaban a base del botijo de los mozos de estoches. En cuanto el presidente sacó el pañuelo, tres areneros, con dos rastrillos y un puñado de arena, dejaron la Plaza como un salón de baile. ¡Ah, pillines!

Y sobre esta pista comenzó la fiesta. La Empresa, a quien hay que recomendar, para ocasiones análogas, el rezo de oraciones «ad pluviam petendam», metió unos novillos, al parecer los primeros que encontró a mano, de la ganadería de las señoritas de Jordán de Urríes, a cuyos pies quedamos, no sin advertirles galantemente que preferiríamos tener que tributarles los elogios que sin duda merecerán en todo cuanto no roce la ganadería de reses bravas. El lote enviado, de tipo y romana desigual, incierto y cobardón, fué una moruchada de pueblo, del pueblo taurino que se encuentra al salir de la estación «Ventas» del ferrocarril metropolitano de Madrid.

Pero ahí no paró la cosa, señora Empresa. (Personalizándola en femenino, la educación lo contiene mejor a uno). Queda Parrita, o sea, el novillero Luis Parra. O a uno se le ha olvidado todo, o por muy pequeña exigencia hay que decir que no tiene la talla necesaria. ¿Qué credenciales, por modestas que fueren, presenta para «sacar» en Madrid a un muchacho que con su ignorancia, sus revolcones, su constante peligro, nos hizo pasar un mal rato como de parodia grotesca? Voluntarioso, torpísimo, con un estilo en los logros que recordaba los comienzos de Nacional I, o sea atrasadísimo y en roce constante con la chacota. Otro tanto para la ¡señora! Empresa.



Luis Parra, Parrita

Usted, Boni, se nos va al hoyo sin remisión. Todo su oficio no es bastante para tapar una falta de afición y de valor. Malos eran sus enemigos, pero usted se puso a tono. ¡Adiós, Boni! Y, por fin, la esperanza del Vito, rayo de luz de la tarde. Dos vueltas al ruedo. Y cartel ganado para el futuro. Aun no redondea las suertes; pero hay planta, hechuras y mucha afición. Desplantes, agnante, valor, novillería, en suma. Y el detalle de ser «gente», con los palos en la mano, fácil y desenvuelto. Este sí puede ser, y las ovaciones que se ganó fueron única tabla de salvación para el fracaso empresario. ¿Lo verá la Empresa? —EL CACHETERO



Julio Pérez, Vito



Luis Miguel Dominguín, convaleciente de la herida de Barcelona, llega a Barajas

BARAJAS. Sábado. Cuatro y media de la tarde. De entre las nubes —madejas de grisáceo y apelonado algodón— surge, lamiéndolas, el avión de Barcelona. Suavemente se desliza sobre el verdoso tapiz del aeródromo, cañamazo brillante que bordan las finas agujas de la lluvia. A un costado del aparato se coloca una escalerilla, y de la entraña del pájaro van saliendo los viajeros. Hay uno —esbelta figura, cara añiñada— que en el breve descenso se apoya en un bastón. Se acusa en su rostro, un poco pálido, esa huella que retrata el dolor. Al encuentro del muchacho acude un grupo que ha estado esperando su llegada. Cambio de saludos, cordialidad. Y entremezcladas con los apretos de manos, preguntas como éstas:

—¿Qué tal te encuentras?...

—¿Estás mejor?...

—¿Te han quitado ya los puntos?...

Algunos servidores del aeródromo curiosan en torno al viajero, y uno de ellos, dirigiéndose a sus compañeros, lo identifica:

—Es —dice— Luis Miguel Dominguín.

Sí, es Luis Miguel Dominguín, que, después de seis días de permanencia en una clínica barcelonesa, se ha levantado —apenas hace dos horas— de la cama, ha cogido el avión y ha venido a Madrid para, al día siguiente, torear en Toledo. Porque aunque la herida —¡caro pago de un gesto!— que recibiera en la Plaza Monumental el domingo día 7 no está aún cerrada, Luis Miguel tiene el propósito de salir al tradicional ruedo toledano.

—¿Pero vas a torear mañana?—le pregunta alguien entre incrédulo y asombrado.

Y Luis Miguel, sonriente y firme, le contesta:

—Sí, mañana toreo en Toledo...

Abandona Dominguín el campo. Sube —trabajosamente— a un coche y llega a su casa. Abrazos de la familia, de los amigos... Luis Miguel se dirige a su alcoba. Sobre la mesilla de noche, algodón, gasas. Todo está preparado para que los médicos le hagan una cura. Se efectúa ésta, y tras

BREVE HISTORIA DE UN GESTO TORERO

de ella, extienden el parte, «que le impide actuar». Lo lee Luis Miguel, lo dobla despaciosamente, muy concentrado en su pensamiento, lo mete debajo de un libro y pide a una sirviente:

—Deme usted papel de escribir...

Y en carta a los periódicos dice:

«Han venido circulando muy diversos rumores respecto a mi actuación en la corrida que hoy se celebrará en Toledo, y aunque bien es cierto que mis condiciones físicas se encuentran mermadas, como consecuencia del percance que el domingo último sufrí en Barcelona, no lo es menos que me considero con las fuerzas suficientes y en posesión de sobrado ánimo e ilusión para no dejar de intervenir en esa fiesta que a beneficio de los pobres se celebrará en la capital castellana. Si se tratara de una corrida más, quizá me hubiese inclinado a esperar mi completo restablecimiento para reanudar mi profesión; pero dados los humanitarios fines que la presiden, en modo alguno quiero sustraer ni regatear mi apoyo modesto, pero entusiasta, con tal de que el resultado de la fiesta se vea coronado por el éxito económico más halagüeño.

Así, pues, tras de no defraudar con mi inhibición a un núcleo considerable de público que me alienta con su adhesión y cariñosos aplausos en mi carrera, ayudaré con mi esfuerzo a que sea más llevadera la situación de unos desvalidos.

No caben, pues, motivos más justificados para que mi presencia se haga efectiva hoy en el ruedo toledano.»

* * *

Domingo. Cinco y media de la tarde. Plaza de Toledo. En la puerta de los toreros está —palidez en su traje plata y azul y palidez en su rostro, pero también firmeza, serenidad— Luis Miguel. Hace el paseo dificultosamente. Entre el público brota, de un lado a otro, la misma pregunta:

—¿Pero podrá torear?...

¡Vaya si puede!...

Ahí le tenéis muy quieto, la pierna adelantada, en unos lances justos, mandones, en su primer quite de la tarde...

—¡Vaya «casta» la de este mozo!...—dice alguien que junto a mí está en el tendido.

Y un espectador, vecino también de localidad —canas, cigarro puro, estampa de viejo aficionado—, contesta:

—¡Señor, la «casta» que deben tener los toreros!... Y éste lo es «de verdad»...

Discurre la lidia de los dos primeros toros. Sale el tercero, y Luis Miguel abre su capote, y en él trae y lleva a la res en cinco lances que son, a la par, reto y caricia por el coraje y la suavidad que pone en ellos...

La gente comprueba que Luis Miguel está en el ruedo de Toledo para algo más que «cumplir»; que ha llegado a él para torear, y que su herida, abierta todavía, no es pretexto para un cómodo «salir del paso», ni amparo para una benevolencia...

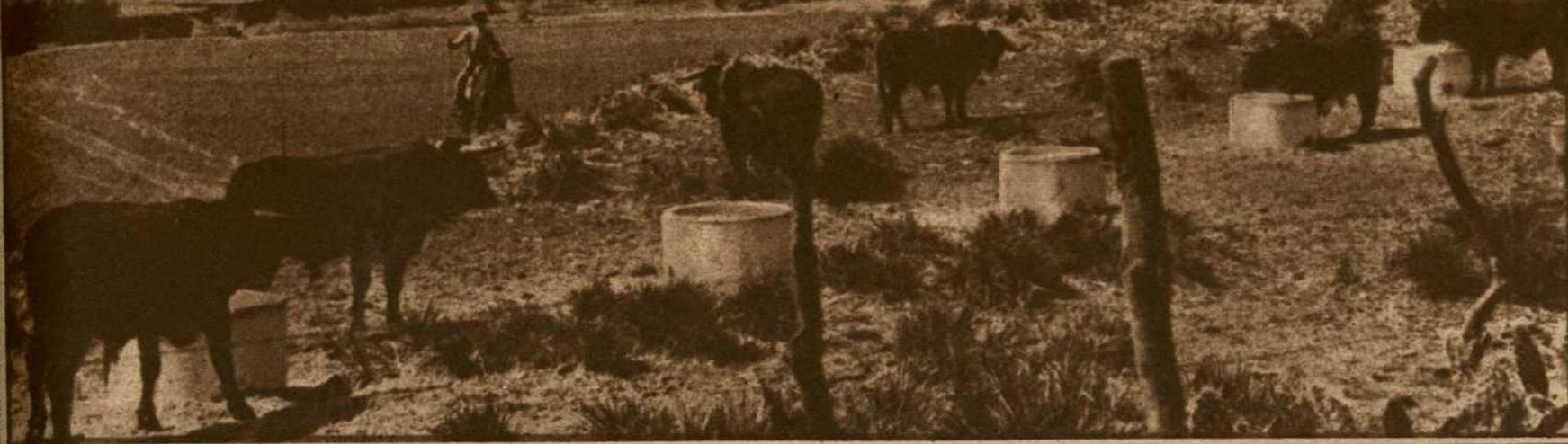
Que los aplausos no se mendigan: se ganan, aunque, como ocurre en este caso, el que va a su conquista tenga que imponerse para obtenerlos hasta por encima del dolor, ese dolor que mordisquea a Luis Miguel en la carne, rajada por las astas de un toro... ¡Pero, bah!..., de ese toro parece que ya no se acuerda Luis Miguel. O, al menos, así se nos antoja a todos por la decisión, la firmeza con que aparece el diestro... Ahora tiene otro toro delante, y con él reanuda la pelea interrumpida el domingo anterior, pelea que para Luis Miguel, desde que es torero, no tiene —no lo admite él mismo— tregua ni paréntesis, sino que es quehacer diario, sin desmayos... Ya está Luis Miguel frente al tovarreño. Y está, aunque mermado de facultades físicas, entero y pleno en temperamento y arte. Arte y temperamento que, unidos —¡difícil maridaje!—, crean ese dedo invisible, pero cierto, que hurga en la sensibilidad de las gentes y las hace nerviosas en el asiento y desgarrar sus gargantas con olés que parecen ser disparados por el fuerte latido de los corazones... Sí, está Luis Miguel frente al tercer toro, ya con la flámula en la mano, ofreciendo su técnica enjundiosa al examen del aficionado, y recreando los ojos de las gentes con sus modos de ejecutar el toreo, toreo puro, justo de movimientos, sobriamente bello; y está con su temperamento en rebeldía sacudiendo las fibras del espectador... Logra, sí, Luis Miguel esta tarde, como otras tardes, eso tan difícil de conseguir que se llama «llegar» a la gente. Voy estudiando su faena. Nada hay en ella de maestría —y mucha maestría tiene— con cerco de hielo, sino calor de vida; ni de «preciosidades» amerengadas, fáciles al empacho; ni de rigideces de estatua con movimientos que se antojan producidos por un resorte. Nada de esto. Luis Miguel está con su arte, con su casta, con su sangre torera —¡cómo ha caído en olvido esta frase!—, que parece inyectarla a su muleta, plena de emocional fuego, que salpica con sus chispas los tendidos y prende en ellos el incendio del entusiasmo...

No es caso de describir la faena pase a pase. Que no es este pase ni aquél lo que subyuga de ella, sino su conjunto, el «gesto» que la preside...

Diez mil pañuelos —nieve sobre fuego— se mueven cuando a los pies del diestro cae el toro muerto. Y Luis Miguel, con semblante entremezclado de dolor y alegría —aquél, por su esfuerzo; ésta, por su triunfo—, recorre con las orejas en las manos el ruedo de Toledo; ese ruedo al que no quiso faltar porque a su bravo corazón de artista, y a su noble corazón de hombre, le reclamaban con fuertes voces, por un lado, el deber, y por otro, un sentimiento humanitario...

JAIME DE CORDOBA

EL PLANETA DE LOS TOROS



LA TIENTA DE MACHOS

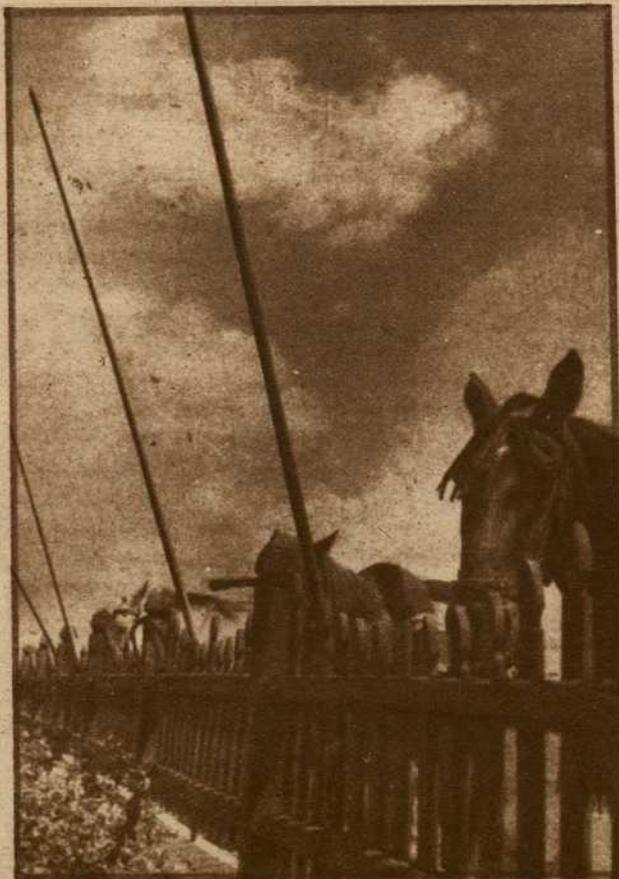
HACE ya muchos años que no se tientan los machos. Cuestión ha sido ésta siempre muy debatida. Cuando los ganaderos, unánimemente, la han resuelto no tientando más que las becerras, es de creer que ello será por razones convincentes. Ahora, tan sólo aquellos erales adelantados, de buena nota, muy elegidos, se les prueba para simiente.

La tienta de machos es apasionante. Quizá de todas las faenas ganaderas sea, con mucho, la de más interés. Desde luego, de una emoción sólo comparable al rodar de la bolita de marfil en la ruleta de caoba y casilleros metálicos. La ruleta era un juego en el que, si acertaba uno un número, le daban treinta y cinco veces la postura jugada. La tienta de machos es otro juego, en el que al ganador se le asegura una existencia comparable a la del Aga Khan, acreditado maharajá indio. Cuando los becerretes, encerrados en los corrales, esperan su salida a la placita de tienta, no saben que va a decidirse nada menos que su porvenir. Están nerviosos, no por esto, sino por el encierro. Los que nos disponemos a presenciar sus faenas, también lo estamos. Porque en seguida tomamos partido por uno que nos ha sido simpático, por su carilla alegre y sus ojos vivos, por su lámina o por la configuración graciosa de sus cuernos, y al declararle nuestro favorito, nos gana el mismo cosquilleo que cuando jugábamos a la ruleta o nos íbamos a examinar de Derecho Mercantil.

En la tienta de machos no se torea. Para fijarlos en el caballo se les corre a cuerpo limpio, se les quiebra, se les avisa desde los burladeros. Y ello es delicioso. Es un auténtico juego de destreza, de habilidad, de velocidad y de gallardía. En la placita, el silencio es ab-

soluto; sólo la voz del picador, que llama y jalea, como las palmas de una bulería. El becerrete pelea, primero, con los de a pie; luego, con el picador. La tienta de machos es capital para el ganadero. Debe éste hacerla desapasionadamente, con criterio escrupuloso, aquilatando las cualidades y los defectos del animal; ponderar su acometividad con la manera de cornear al caballo; cómo sale de éste; cómo reacciona cuando ya, agotado, se le abre la puerta.

Y uno, espectador encaramado en el palco, lo ve todo con ojos asombrados. ¡Qué belleza tan perfecta la del toro! ¡Qué valentía tan arrogante! Y pensamos lo que sería de nosotros si para triunfar en la vida, en lugar de tener que aprendernos de memoria setecientos temas para ga-



nar unas oposiciones a notarias, tuviéramos que luchar a brazo partido con los restantes opositores. ¡Muy pocos notarios habría entonces!

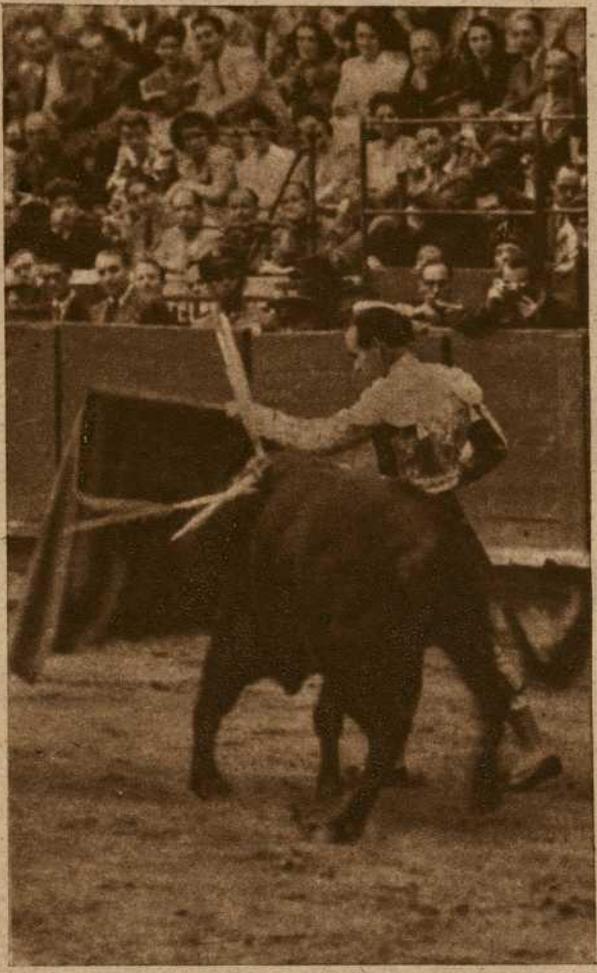
Estos toritos son hijos de buena sangre, y, sin embargo, su ascendencia ilustre no les sirve para nada; tienen que revalidar ante un picador la limpieza y excelencia de ella. Y si flaquean, es igual que si fueran hijos de un buey de carreta. En una tienta de machos están prohibidas las recomendaciones. ¡Y ay del ganadero que se deje alucinar por ellas!

Cuando sale a la palestra nuestro favorito, ese que elegimos por su carilla guapa, nuestro corazón palpita como si fuéramos nosotros los que tuviéramos que embestir. En voz baja le alentamos: "¡Anda, galán, que las vacas te esperan; que serán todas para ti, Don Juan de los campos! ¡Embiste recto, desde lejos; recarga, mete los riñones en la embestida; no cabecees, tira la cornada limpia, como un esgrimidor su florete! ¡No sientas en tus lomos el escozor de la herida; vuelve al caballo cuando la voz del picador te llame, que hay mucha hierba por delante para pacer con calma, rodeado de tu harén vacuno!" Y si el becerro nos atiende, rebrincamos de satisfacción; y si sale derrotado por otro más terne, sentimos dentro la amargura del vencimiento, y al verle alejarse, camino de los prados, que sólo gozará contados meses, es como si viéramos perderse la esperanza de un amor; como si nos hubieran suspendido en las oposiciones a Registradores de la Propiedad.

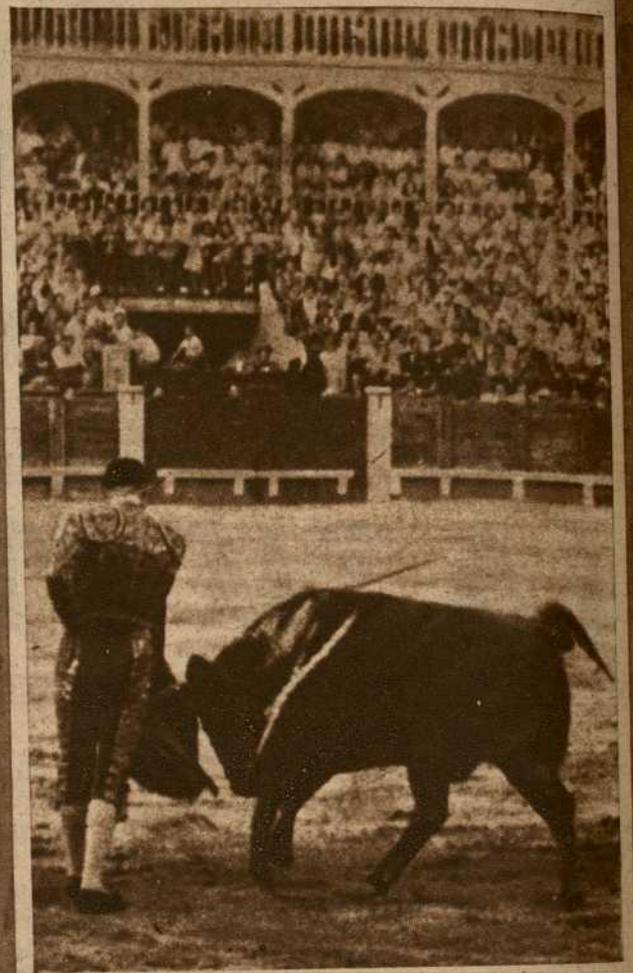
Envío: A Domingo Ortega, ganadero feliz, en recuerdo y agradecimiento de una tienta de seis machos: cuatro, magníficos, y dos, superiores.

ANTONIO DIAZ-CAÑABATE

Domingo Ortega

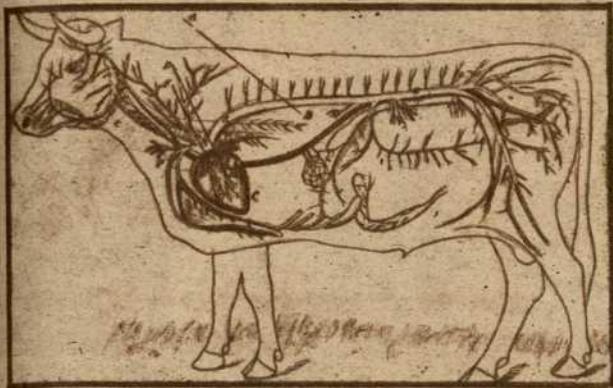


En estas fotos vemos al maestro del Toreo, ejecutando tres pases de muleta como mandan los cánones que regulan el difícil arte de la lidia de reses bravas



UN POCO DE TECNICA

¿COMO HA DE SER LA BUENA ESTOCADA?



UN tema siempre en auge en las discusiones taurinas es la estocada. ¿Cuál es la verdadera y acertada? ¿En qué sitio ha de darse? Veámoslo ahora, cuando todavía el toro no ha salido y aun se está en los primeros tanteos de la temporada. Se dice y se discute —febrilmente— que la buena estocada es la que «cruza el corazón del toro». Y Pascual Millán —graciosamente y muy diestro en la defensa de los verdaderos fueros de la estocada— nos va a ayudar aquí a esclarecer el problema.

Y dice: «Empezando con Montes, en su «Tauromaquia completa», y acabando con nuestros actuales revisteros, todos hemos dicho muchas tonterías al hablar de ello». Y Millán, para probarlo, trazaba el grabado que ilustra esta crónica. Y en él, en efecto, se ve que una estocada que atraviesa el corazón, situado en C), sigue la línea D E, y la que parte la «herradura» (si así se llama a la intersección de la carótida primitiva (cc), la aorta posterior (aa) y el corazón (C), es decir, la línea F G, estocada que, a pesar de Montes y todos los teóricos, es el «infamante golletazo»). Claro está que Montes, en su tratado, defendía el golletazo, del que decía: «Las estocadas por bajo nunca son del mérito que las por alto; pero en muchas ocasiones se deben dar y se llaman generalmente «golletes», y matan rápidamente al toro porque entran por el pecho y le atraviesan los pulmones».

¿Cuál será entonces, mirada en el gráfico, la buena estocada, perfecta en su travesía anatómica? La señalada con la línea A B, que entra por la misma cruz, rompe la aorta posterior y corta prontamente la vida del toro. Como es lógico —observaba Millán—, esta estocada requiere muchos riñones y, en frase de Armilla, necesitaba «mucho *arbeliá*». Ha de entrar la cabeza del toro bajo el ámbito vital del torero, y al ser colocada la espada arriba, el diestro ha de cruzar limpiamente para que la travesía del estoque cruce rectamente la aorta. Del mérito de esta estocada habla con gran expresión el segundo gráfico que insertamos con esta crónica, en el que puede observarse minuciosamente la construcción ósea del toro: un verdadero aluvión de vértebras y costillas. El estoque debe entrar por el hueco —precisamente— que haya entre el omoplato (O) y una de las vértebras y luego por entre dos costillas, según la línea H I.

Esto, además, hará ver al curioso lector y aficionado que las grandes estocadas no se improvisan ni tienen el escaso mérito que en muchos momentos se les otorga. La buena estocada —hecha con guapeza y estilo, sabiendo bien por dónde el estoque entra y con qué precisión hiera el acero— es el mayor mérito que puede adornar una gran faena.

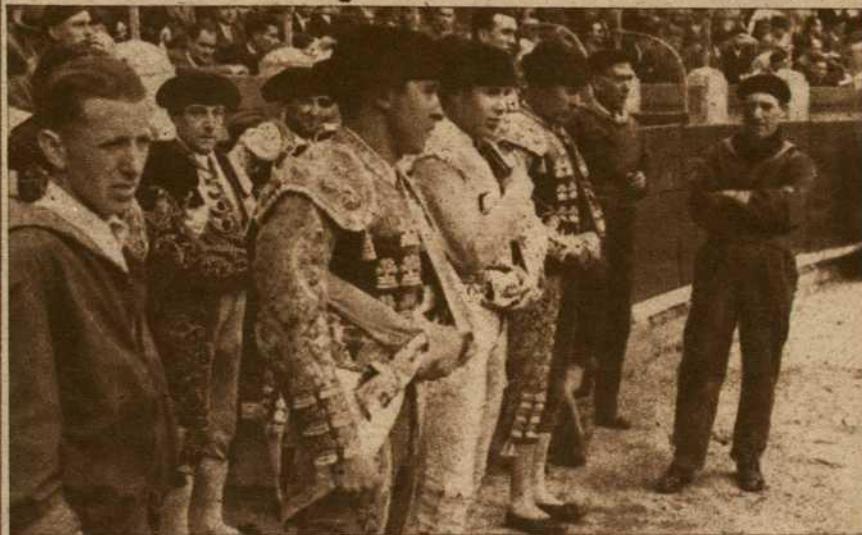
Por esta falta de destreza los ruedos están acribillados de estocadas perpendiculares, caídas, atravesadas, bajas, etc. ¿Comprenden ahora los lectores cómo no era ninguna tontería aquella frase famosa que algunos atribuyen a Lagartijo? El famoso diestro de Córdoba decía: «Pa matá toros, hay que parti muchos canastos antes». Los mimbres serían las vértebras. Y seguiremos.



PACO MONTERO

CARTEL DE ZARAGOZA

Novillos de Benítez Cubero ANTONIO CORONA, FERNANDO PEREZ TABERNERO Y GABRIEL PERICÁS



Los tres matadores, al frente de sus cuadrillas, antes de hacer el paseillo



Una caída al descubierta de un picador y el matador al quite

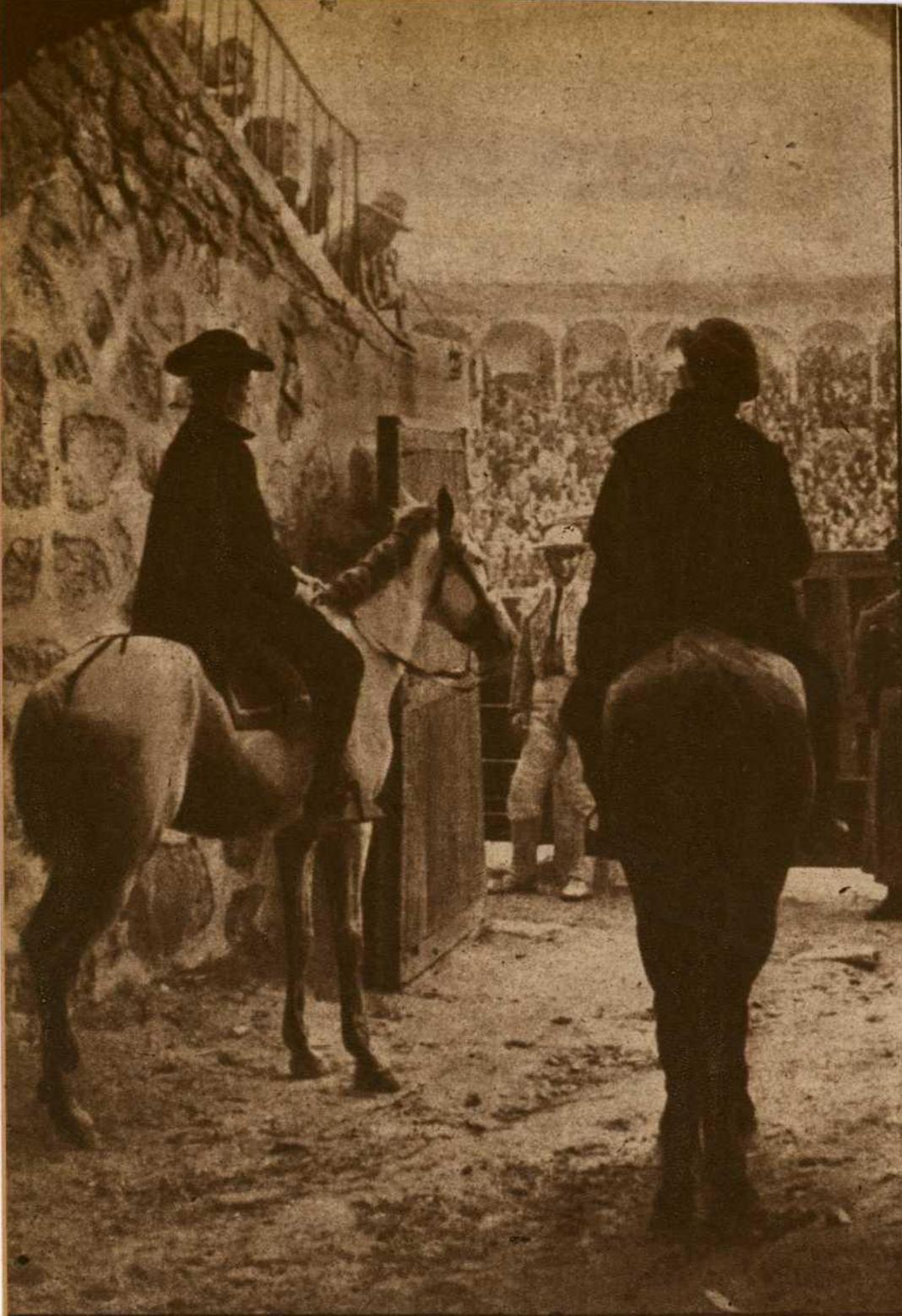


Gabriel Pericás, que estuvo muy valiente, en un momento de peligro



Un revoleo sin consecuencias de Gabriel Pericás, en su segundo novillo (Fots. Marin Chivite)

EL DOMINGO

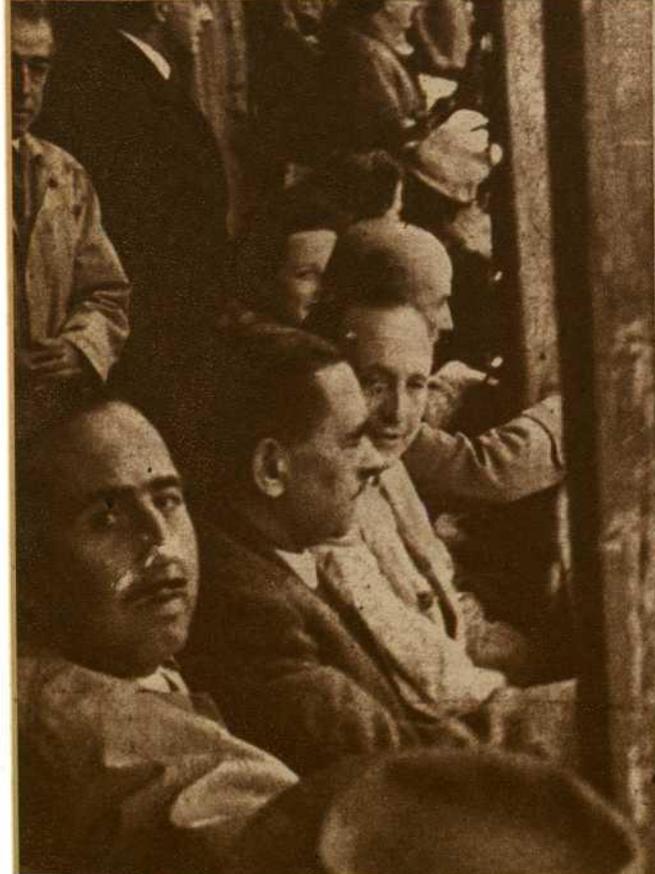


Una bella estampa de la fiesta. Los alguacilillos, dispuestos para abrir Plaza en la corrida del domingo en Toledo



Después de matar su primer toro, al que cortó las orejas, Luis Miguel tiene que descansar en el callejón, a causa de habersele abierto la herida

Los ministros del Aire y Justicia y el general García Valiño presencian la corrida de Toledo

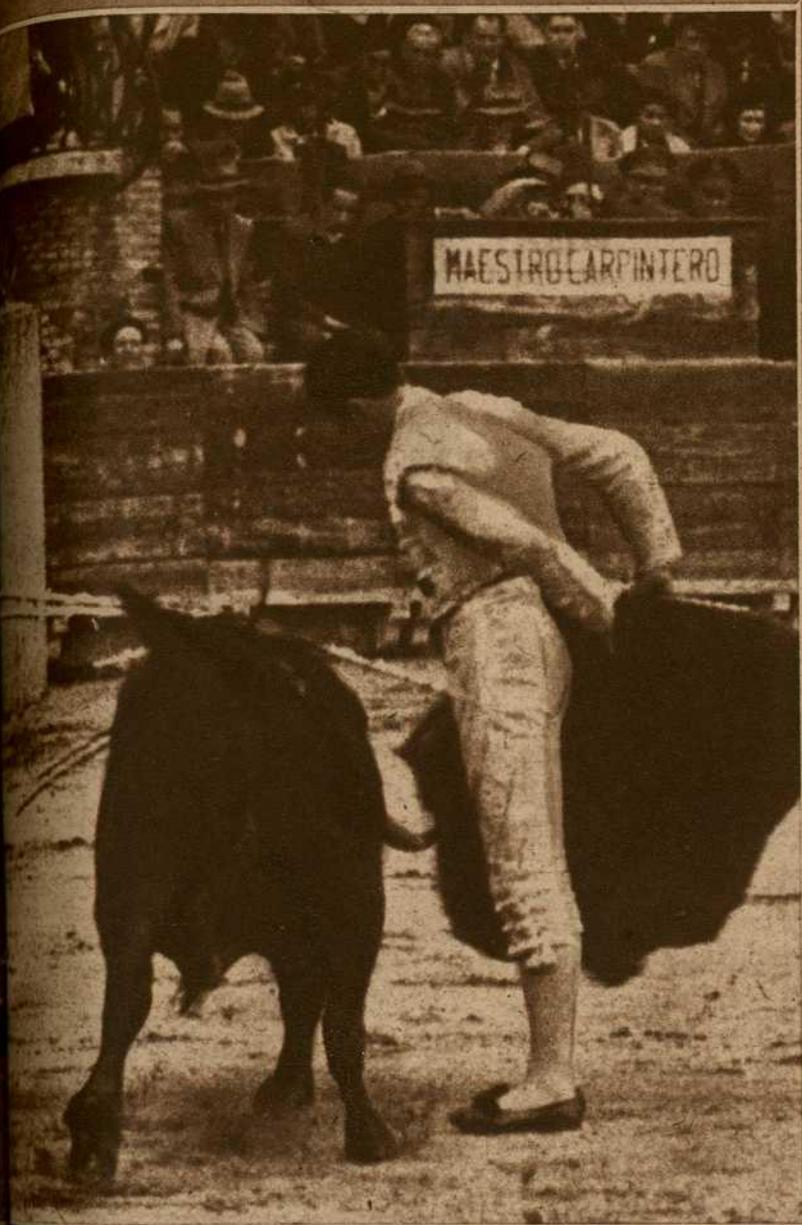


TOROS DE LOS HEREDEROS DEL DUQUE DE TOVAR

Las esposas de los ministros del Aire y de Justicia, la esposa y la hermana política del director general de Comercio y nuestro Director

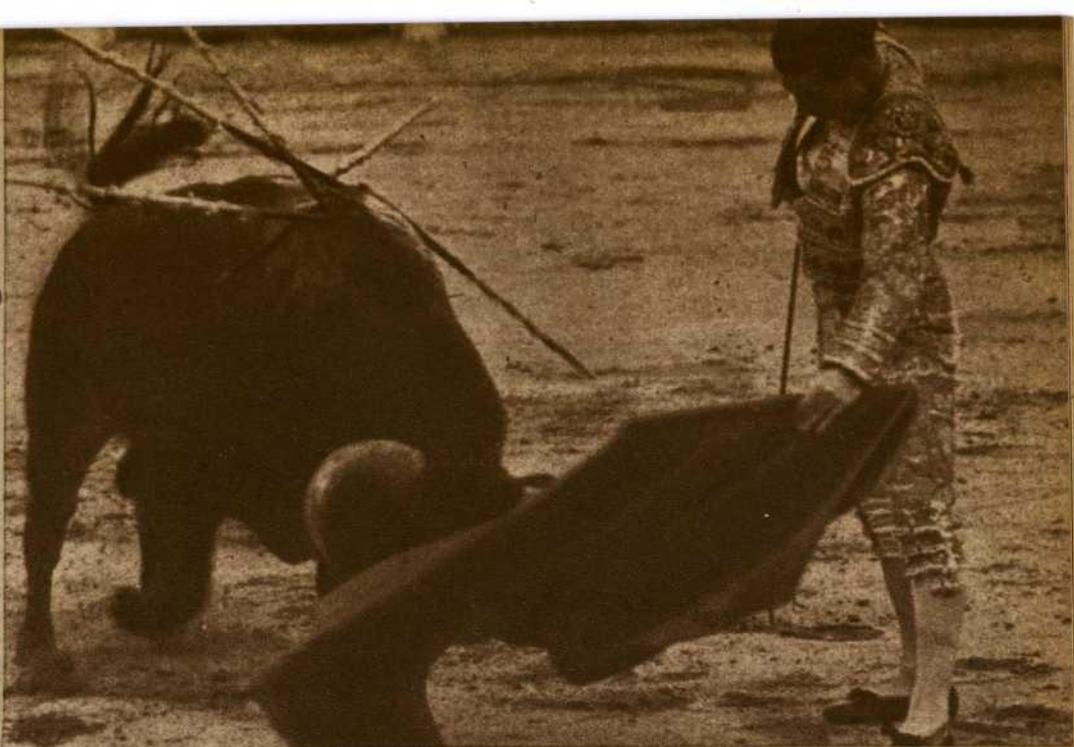


EN TOLEDO



MAESTRO CARPINTERO

El pequeño de los Dominguín, que el domingo tuvo un hermoso gesto al torrear convaleciente de su reciente herida, se adorna con la muleta



Antonio Bienvenida, que, al igual que los otros matadores, cortó la oreja, torrea al natural a su segundo toro

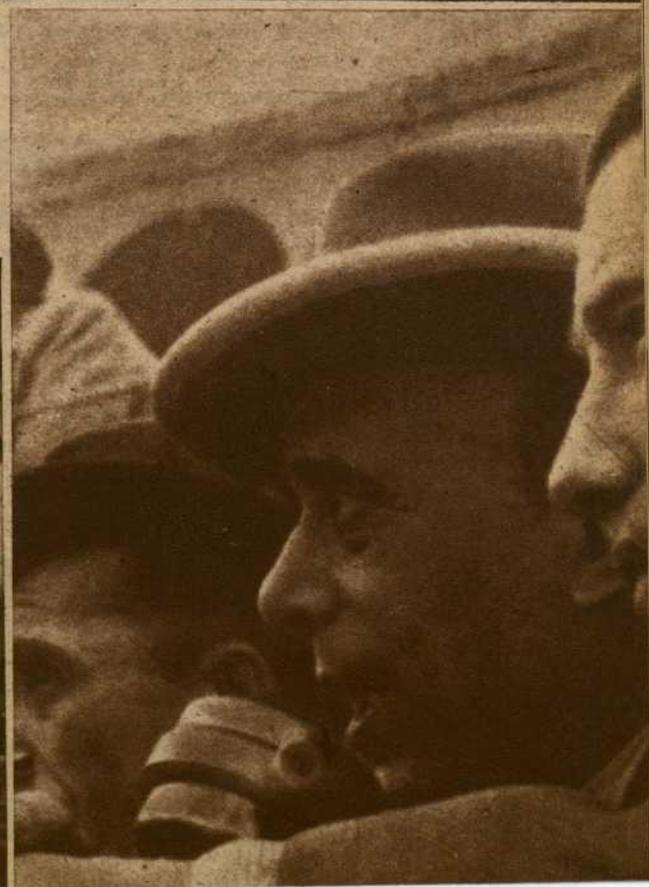


El torero característico de Ortega. El de Borox, con el toro completamente dominado ya, se adorna de rodillas. (Fots. Mari)

Domingo Ortega, Antonio Bienvenida y Luis Miguel Dominguín

El conocido periodista y autor Francisco Ramos de Castro, magnífico locutor, radiando la corrida

Los doctores Zumel y Jiménez Díaz, también estuvieron presentes en la corrida de toros de Toledo. El fotógrafo nos los muestra en su barrera





Carlos V rejoneando un toro en la Plaza de Valladolid

Fué torero antes que pintor, y siempre artista

ES curioso; pero entre ese oleaje de incienso y loas con que las Academias y otros centros oficiales y oficiosos han envuelto la memoria del gran pintor aragonés, no ha habido ni un solo recuerdo para el pintor-torero. Y eso que su pasión por los toros, más aún que la afición, resultó un eje en torno al cual giró, no ya su mágico pincel, sino también su propia vida.

De ese puebluco que es Fuentetodos, ladera arriba, entre riscos y peñascos, sin río ni vega, salió Goya un buen día, unido a la cuadrilla de unos míseros torerillos, de los de capea. De esos que van de pueblo en pueblo, unos ratos a pie y otros andando, para recoger cornadas y enamorar de paso a la mujer del alcalde.

Así, de torero, se incorpora Goya a la vida española.

Uno no sabe cómo le llaman los críticos... Pero sí cree que para definir a Goya basta una sola frase: era rotundo.

Rotunda su pintura: pinceladas fuertes, agresivas, viriles. Su visión, también rotunda, desde el espanto de los *Caprichos* hasta las suaves transparencias de sus majas, exquisitas y felices. Rotundo su golpe de vista para recoger de un solo trazo la

Un moro gazul alanceando un toro



GOYA, pintor taurino

imagen. Incluso su propio rostro era rotundo, modelado a cincel, con entereza, de rasgos acusados.

Y hasta con una lejana semejanza, algo más que simple parecido, con Beethoven. Genio por genio, los dos fueron sordos también. Además, ¿no fué rotunda la protesta de Goya contra la bárbara y derrotada invasión napoleónica?

SU PRIMER TRIUNFO

Alternando las banderillas con los pinceles, y cambiada la muleta por la paleta, Goya va viviendo siempre de su arte. Y a veces, lo que gana frente a los toros es destinado a alentar su afición artística: sus estudios de pintor.

Es decir, es torero antes que pintor, y siempre artista.

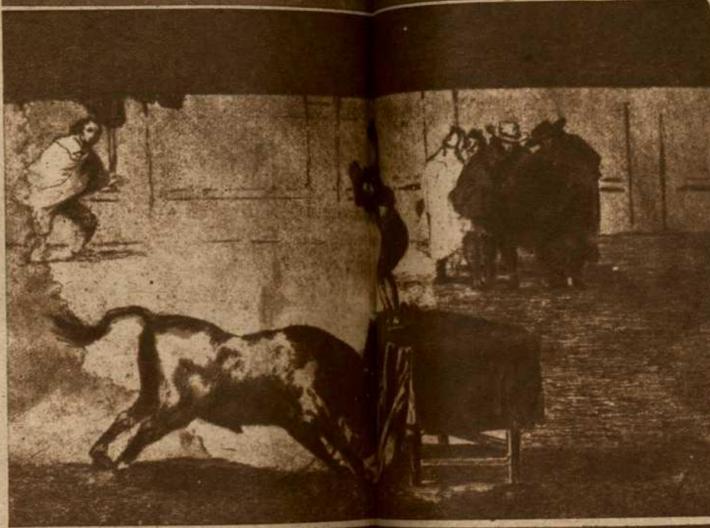
Su primer fracaso, ya fué un triunfo. He aquí cómo:

"La Real Academia de Bellas Artes de Parma celebró el 27 de junio de 1771 —un capicúa bordado de un brochazo— sesión pública para la distribución de premios. El asunto era: *Annibal, victorioso, contempla por primera vez, desde los Alpes, las campiñas de Italia*. El primer premio de pintura se ha concedido al cuadro que tiene por lema *Montes fregit aceto*, cuyo autor es don Pablo Borroni. El segundo premio de pintura lo ha obtenido don Francisco Goya, discípulo del señor Vajeu, pintor del rey de España. La Academia ha observado, con satisfacción, en el segundo cuadro, un manejo excelente del pincel, gran fuerza de expresión en la mirada de Annibal y cierto sello de grandeza en la actitud de este conquistador. Si el señor Goya se hubiera separado menos del asunto que servía de tema y hubiera puesto más verdad en el colorido, habría contrarrestado los votos para el primer premio."

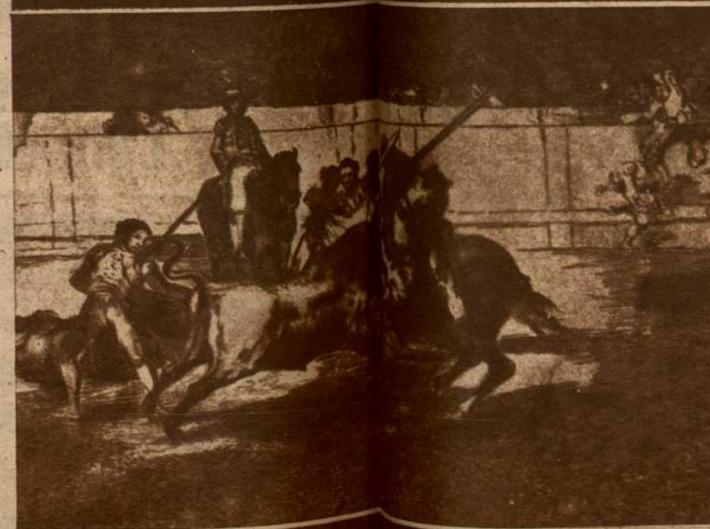
¡Pero cómo podía un torero ajustarse, rígida y severamente, a lo dispuesto! Su alma taurina trazó ese arabesco de insubordinación y rebeldía, que no era sino el complemento de su arte.

Y la propia Academia parmesana elogió públicamente al pintor que recibió el segundo premio, lo que equivale a un fracaso para el ganador, el susodicho e ignorado Borroni.

A TRAVES DE SUS GRABADOS CREO UN ARTE PICTORICO NUEVO, TOTALMENTE NUESTRO



El salto de macho



Redondo picando un toro

GOYA Y VELAZQUEZ
A Goya, tan terriblemente distante de "el Greco", le sucede lo que a éste. Como si "el Greco", una sombra en la Castilla, se olvida de Ticiano, su maestro, y produce un arte exclusivamente suyo, Goya hace lo mismo. Rom-

pe con el clasicismo ficticio de la época, y pone todo su esfuerzo en rebelarse contra la influencia de Mengs, clásico entre los clásicos.

Y como es así —cuando se dice "así" se dicen muchas cosas—, pese a su magistral fobia contra el clasicismo, admira y copia al Maestro —con mayúscula—, que es Velázquez.

Porque el rotundo pintor arremetió violentamente contra el viejo concepto pictórico —en Zaragoza se conserva un retrato por él pintado sobre una tabla primitiva—, y después de destrozar y hundir la obra de los clásicos, más o menos insignes, se detiene, extático, absorto, ante la obra de Velázquez. Y tal es su devoción más aún que su admiración, que copia al agua fuerte las siguientes telas de Velázquez:

Felipe IV, La reina Doña Margarita, La reina Doña Isabel de Borbón, El conde duque de Olivares, El infante Baltasar Carlos, hijo de Felipe IV; El infante Don Fernando, vestido de cazador; Las meninas, Los borrachos, Barbarroja, Un alcalde viejo —no se ha encontrado esta tela de Velázquez—, *Menippo, El enano don Sebastián de la Mora y El enano "el primo Esopo"*. Así como también *Don Juan de Austria*.

Y como sigue siendo torero, aunque copia esos cuadros, lo hace a su manera, a su gusto, y más parecen recogidos de memoria —una memoria fértil y cálida— que con el modelo frente a los ojos. Porque Goya captó mejor soñando que viendo.

EL ARTE TAURINO

Ahí están esos caballeros lanceando toros. Es decir, el toreo noble y aristocrático, propio de gente adinerada, puesto que se podían permitir el lujo de comprarse otra jaca, o, al menos, arriesgarla.

Vemos a Carlos V rejoneando; a un moro vengando la ya inevitable muerte de su caballo. Inevitable, a juzgar por la posición de la montura, frente al astado...

¡Hasta el propio Cid, burlando las acometidas de un toro bravo, de los de antes!



El Cid rejoneando un toro

Salió de su pueblo unido a una cuadrilla de míseros torerillos

Y es que a través de sus grabados, Goya crea un nuevo arte pictórico, totalmente nuestro, que viene a engrandecer, a ampliar la escuela española, rellenando un sensible vacío. La limpia ejecución de movimientos que se observa en ese *Jinete poniendo un rejoncito a un toro*, por ejemplo, es algo que atrae, que cautiva, por la belleza plástica y por la estudiada serenidad del caballero, precisamente en el momento culminante en que toda indecisión es fatal. ¿No parece —tal es la magnífica realización del grabado— una fotografía? Goya dió a ese arte español que son las corridas de toros la más alta expresión de su valor, y enriqueció a la escuela española precisamente con aquello que era genuinamente hispano, y sin duda por eso nos faltaba...

¿Por qué los pintores modernos no le imitan?

Realmente, es inexplicable y lamentable que el soberbio ejemplo de Goya no haya tenido seguidores. Porque incluso Zuloaga, que tanto se le aproximó en este sentido, sólo pintó a toreros, como retratos aislados o en grupo; pero no recogió la difícilísima y emotiva lidia de toros: ¿qué mejor tema que una corrida de toros?

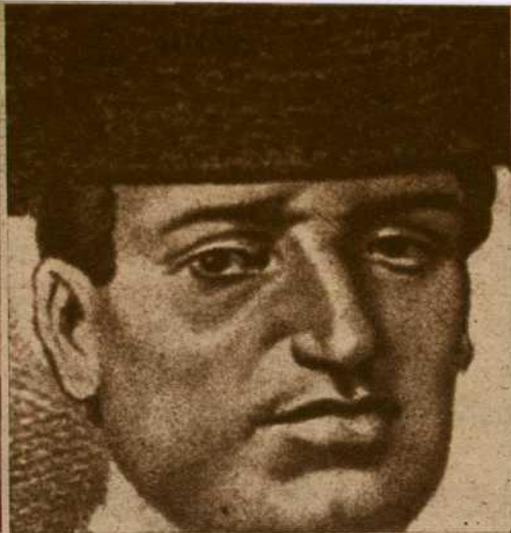
A. MARTINEZ DEL RINCON

Jinete poniendo un rejoncillo a un toro

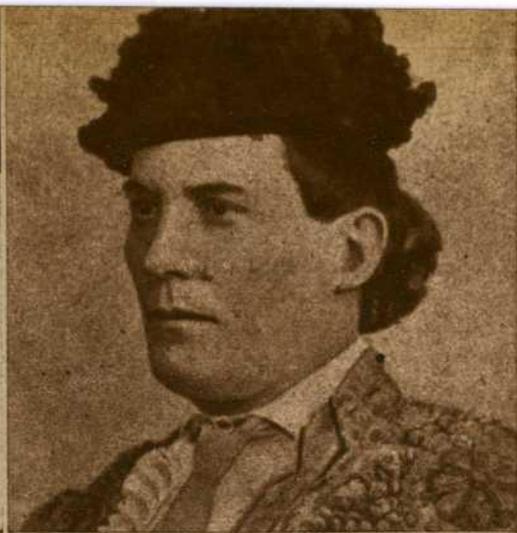




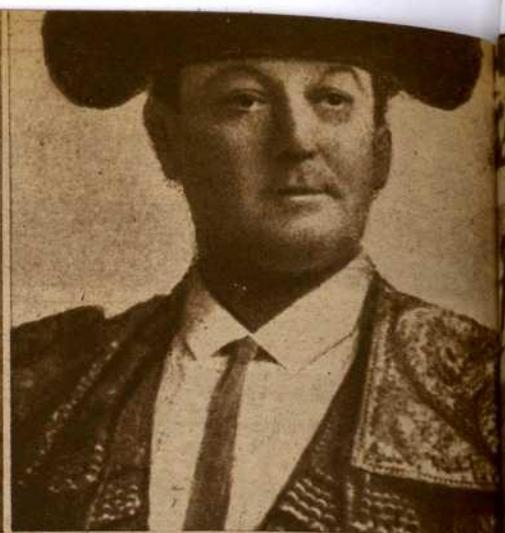
Cúchares



Lagartijo



Salamanquino



Mazzantini

TOREROS GANADEROS

NINGUNO SOBRESALIO como criador de toros de lidia

La cría de reses bravas fué en todo tiempo suprema ilusión de los toreros. El anhelo del cortijo y la piara de ganado representó para muchos diestros el acicate mayor de su profesión.

Montar en arrogante jaca y recorrer al trote de la cabalgadura la dilatada extensión de la heredad; adentrarse en el cerrado de las reses y anotar sus particularidades; efectuar las operaciones de herradero y tienda, y, por último, ver sus toros anunciados en los carteles, fué sueño ideal, utopía dorada para los más y realidad tangible para los menos.

Amontonar una fortuna tras largos años de ruda lucha, de constante riesgo, para satisfacer el capricho de poseer una vacada brava, contados toreros pudieron conseguirlo. Y los pocos que lograron cimentar el proyecto no obtuvieron, ciertamente, el éxito que esperaban en la nueva actividad.

El primer matador de toros que figura como criador de reses de lidia es Francisco Arjona Guillén, Cúchares, y a su nombre se anunciaron y corrieron toros en Madrid, con divisa encarnada y amarilla, el 7 de mayo de 1860.

Cúchares poseyó sólo dos o tres años la mitad de la ganadería del marqués de la Conquista, traspasándola en 1863 a don Mauricio Rosendo, de Colmenar.

En término de Béjar pasó la ganadería que Julián Casas, Salamanquino, adquirió, al retirarse del toreo, del conde de Buena Esperanza, integrada por reses de Gaviria.

El 21 de octubre de 1860, con divisa encarnada, se lidiaron en Madrid toros de don Julián Casas, y ocho años más tarde el viejo torero se deshizo del ganado, vendiendo gran parte a don Ildefonso Sánchez Tabernero, de Salamanca.

A don Antonio Fernández Heredia compró Luis Mazzantini, en 1886, la ganadería que fué de don Donato Palamino y antes de don Antero López, fundada por don Casimiro López Fuentes con reses gijonas.

La primera vez que en Madrid se lidiaron toros a nombre de don Luis Mazzantini fué el día 26 de octubre

de 1888, con divisa amarilla, alternando dicha tarde el propio don Luis y Jareña, que recibió la alternativa.

Diez años disfrutó Mazzantini la vacada, vendiéndola al cabo de ese tiempo, por no sacar utilidad, a don Ildefonso Gómez y a don Miguel Torres.

También Lagartijo sintió el gusanillo de hacerse ganadero, y con 150 hembras portuguesas, procedentes de Cunha, y sementales de Miura y Lafitte, dió comienzo a la labor.

Con divisa verde y encarnada se lidiaron los toros de don Rafael Molina en Madrid — como nuevos en esta Plaza —, el 15 de junio de 1884, por Gordito, Currito y Cuatro Dedos.

El 5 de junio de 1892 Lagartijo se encarró el solo en la Plaza madrileña con seis toros suyos que resultaron mansos de solemnidad. El tercero y el sexto, Coral y Barrilero, merecieron el infamante castigo de ser fogueados, encargándose Lagartijo en persona de banderillar al último con tres soberbios pares, que tuvieron la virtud de hacer cesar la rechifla con que el público venía obsequiando al ganadero, para convertirse en justos y calurosos aplausos al maestro.

Indignado Rafael Molina por este estrepitoso fracaso, deshizo la ganadería, convencido de lo inútil de sus desvelos.

Antonio Guerra Bejarano, banderillero y hermano de Guerrita, compró en 1895 al vecino de Córdoba don Rafael Rodríguez la ganadería procedente de don Atanasio Linares, formada en Ciudad Real por el padre de éste, don José María, con reses gijonas.

Debutó Antonio Guerra como ganadero en Madrid, y con regular fortuna, la tarde del 19 de julio de 1903, lidiando seis toros que lucieron cintas celeste y encarnada. A la muerte de Antonio heredó su viuda la vacada, quien en 1925 la cedió al criador de toros lusitano Pinto Barreiro.

En La Coronada, hermosa finca en un tiempo propiedad del famoso Antonio Fuentes, inició el espada sevillano la formación de una ganadería con

elementos de Parladé y Santa Coloma. Abarrióse pronto Fuentes al no ver resultados prácticos, y en 1914 la vendió a don Manuel Santos, quien la conservó hasta 1936.

El matador aragonés Nicanor Villa, Villita, fué propietario — continuando hoy sus herederos — de las ganaderías que pertenecieron a don Mariano Catalina y don Constancio Martínez, formadas con reses navarras y sementales de Miura y Concha y Sierra, respectivamente.

Parte de las vacadas de Campos Varela, Gamero Cívico, Villalón y Guadalets componen la ganadería del renombrado ex matador de toros Juan Belmonte.

A nombre de don Juan Belmonte, y con divisa verde y caña, se lidiaron seis novillos en la Plaza madrileña, como nuevos en la misma, el 23 de agosto de 1934.

Marcial Lalandia compró en 1931 a don Antonio Flores la ganadería fundada en Sevilla por don Diego Hidalgo Barquero, y a nombre del torero madrileño se anunciaron por vez primera en Madrid los toros corridos el 24 de julio de 1932, que ostentaron divisa azul.

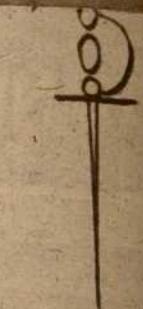
No agradó a Marcial el juego de los referidos animales, por lo que procedió a extinguir la casta y a formar otra nueva vacada con reses del conde de la Corte.

De los toreros en activo el único que tiene ganadería es Domingo Ortega. El popular diestro de Bórox adquirió en 1936 parte de la célebre de Ibarra, que alcanzó más fama, si cabe, en manos de Parladé.

Con divisa caña, y por primera vez a nombre del lidiador toledano, se jugaron toros en la Plaza de Madrid el 28 de mayo de 1939.

Mas lo que interesa reseñar es que, hasta ahora, ningún torero logró triunfar plenamente como productor de reses de lidia, y que, por tanto, existe notable diferencia entre el conocimiento del toro en el ruedo y el que se precisa para su selección y crianza.

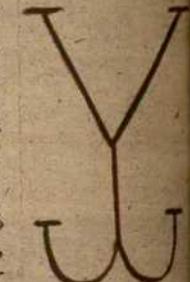
AREVA



SALAMANQUINO



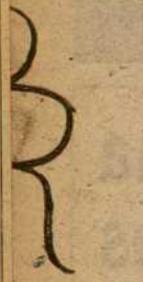
VILLITA



BELMONTE



ORTEGA



LAGARTIJO



GUERRA



LALANDIA



MAZZANTINI

Villita



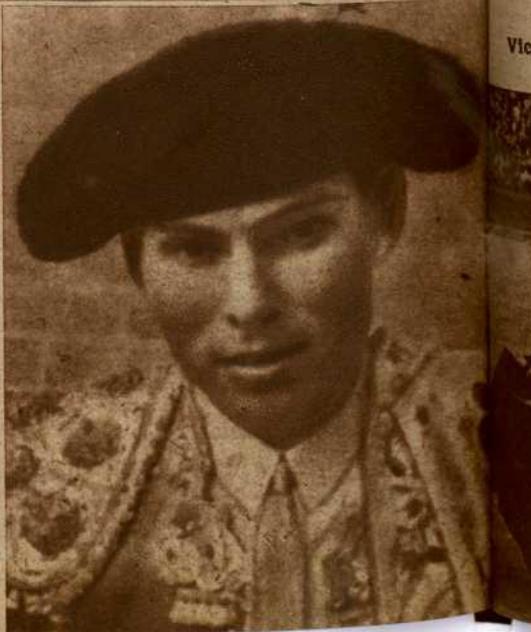
Fuentes



Belmonte



Ortega



Otro

Vice



Francisco Rodríguez, que tuvo una gran actuación, saluda al público y muestra las dos orejas que cortó en su primer toro en la plaza de Valencia



Los tres matadores, con el mayoral de la ganadería, al que felicita un tipo popular en Valencia, dan la vuelta al ruedo

CARTEL DE VALENCIA

NOVILLOS DE PABLO ROMERO

**F U E N T E S ,
FRANCISCO RODRIGUEZ,
VICENTE FAURO**



El mayoral de la ganadería de Pablo Romero, a quien correspondieron las mayores ovaciones de la tarde, por la bravura de los novillos



Otro boxeador, el valenciano Llácer, presencia el festejo con su hijo al que parece encantarle lo que ocurre en el ruedo

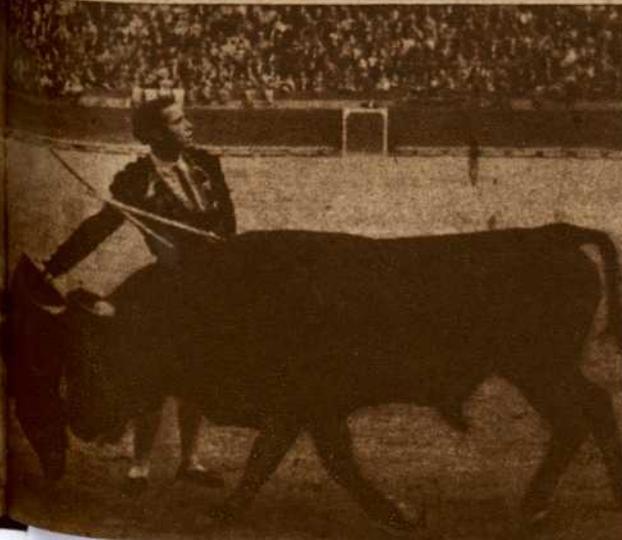


Boxeadores italianos y portugueses aplauden desde el tendido donde presenciaron la corrida

Vicente Fauró, en uno de los pases de moda, en los que el torero no quiere ver al toro

Un revoleón sin consecuencias de Fauró, en su segundo novillo

Francisco Rodríguez, Vicente Fauró y Fuentes, en el momento de iniciar el paseito (Fots. Luis Vidal)

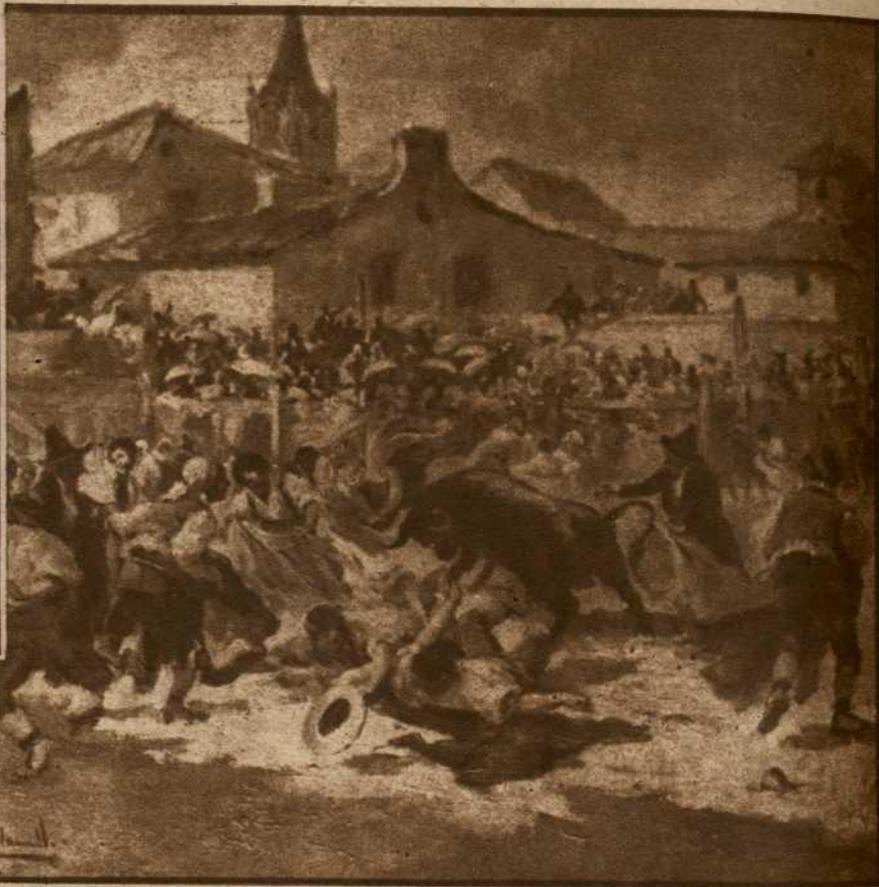


LA FAMILIA LUCAS
y la
Dedicación de sus cuadros
al tema TAVRINO



«En tendido». Cuadro de Eugenio Lucas, el viejo, en el que se aprecian las influencias de Goya y de la época. Lleva fecha de 1876, y Lucas, padre, lo pintó tres años antes de su muerte

«Capea». Pintura de Lucas, hijo, llena de luz y de sorprendente movilidad, magnífica de técnica y tan acorde con la de los tiempos actuales, que diríase ejecutada por un buen pintor de estos tiempos



EN la historia de la pintura española es frecuente encontrar la continuidad artística en miembros de una misma familia, poniéndose así de manifiesto la afición hereditaria por la pintura y hasta incluso por el tema. En el arte es notoria la repetición del apellido. Tal acontece, por ejemplo, con los Lucas, Madrazo, Bécquer, Ferrant, Domingo, y actualmente con Chicharro, Hidalgo de Caviedes y Vázquez Díaz. Claro está que no siempre esta réplica familiar, esta dedicación subsiguiente, responde a una nativa inclinación temperamental, a una devoción íntima e indesviable, y en ese caso, si la repetida profesionalidad es sólo consecuencia interesada de encontrar un camino fácil y despejado, libre de trabas y de la fatigosa brecha inicial, entonces la obra realizada no puede responder a los buenos principios y enseñanzas de una técnica perfecta y consumada. También es posible que, heredada la inclinación y preferencia, las enseñanzas y el medio ambiente influyan de tal forma en el individuo, alienten y encaucen sus devociones artísticas y formativas de tal manera, que la segunda generación sobrepase en bondad creadora a la primera, de lo que hay antecedentes, aunque sea un caso, en verdad, poco corriente. Eugenio Lucas, padre e hijo, señalan en la pintura española esta trayectoria de idénticas inclinaciones creativas. Lucas, el viejo, tiene muy cerca a Goya para no dejarse dominar por la fascinante escuela del autor de los «Caprichos» y de «La tauromaquia».

Cuando Lucas empieza a pintar, una España todavía lánguida y desfalleciente llena de sombras y opacidades sus cuadros. La revolución pictórica está hecha. El clasicismo va quedando

atrás, y Goya, el Goya costumbrista y filosófico, el de las pinturas negras, ha creado un estilo y una escuela de la que no había precedente en la temática del arte plástico. Goya es el maestro de maestros, y, sin embargo, reconócese una verdad irrefutable: si Goya es inconmensurable, si no hay pintor de entonces acá, no ya que le sobrepase, sino que le iguale, ¿cómo se entiende que cuadros de Lucas, padre, se hayan atribuido sin vacilaciones al pintor insigne de Fuendetodos? Ello acredita de una manera fehaciente el mérito y la maestría pictórica del de Alcalá de Henares. Si es verdad que su pincelada difiere de la del artista aragonés; que hay en la técnica, en el empaste y en el uso del color huellas diferenciales entre uno y otro, sobre todo al ser sometidos a estudio; mas, sin embargo, cuadros de Lucas se atribuyeron a Goya, dando motivo, hasta su aclaración, a polémicas y controversias, dispares opiniones, y, en el fondo, a un confusiónismo sobre la auténtica paternidad de ciertas obras. Si es verdad que no es único el caso. Existe un cuadro, retrato muy conocido, que se atribuye y está catalogado como de Goya, y es de un pintor del siglo XIX. Casi de un contemporáneo. Algún día llegará el momento de descubrir el secreto.

En Lucas, padre, pintor estimadísimo, lazo de unión con Alenza entre Goya y los renovadores de este siglo, hay una idea obsesionante y dominadora: copiar al autor de «La familia de Carlos IV» y «Los fusilamientos de la Moncloa». En Lucas no hay otra preocupación que Goya. Pero no el Goya luminoso y colorista, sino el Goya sombrío y tenebroso de las alucinaciones fantasmagóricas. Lucas no crea su pintura, sino

que trata de confundirse, imitar a su antecesor. No vive para sí mismo, sino para Goya, como, en el fondo, Lucas, hijo, no vive sino para imitar a su padre. Sin embargo, ninguno puede aislarse del ambiente que le rodea. La atmósfera no es igual en todos los tiempos, como no es lo mismo pintar en un día de sol y primavera que en una tarde plomiza de invierno. El pintor no puede mudarse a veces, aunque quiera, desposeerse del clima de la época, y ya en Lucas, el joven, prenden las luminosidades de la aurora matutina del principio de siglo, y aunque Lucas, el viejo, imite a Goya, y Lucas, hijo, a su padre, no se cumple la verdad matemática de «dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí»; porque entre Goya y Lucas Villamil hay cien años de diferencia, y un siglo no pasa en balde y sin dejar huellas de transformación en la pintura. El último Lucas no puede sujetar su pintura a la de su padre. Lo intenta y lo consigue a veces, pero no lo logra siempre. En las dos fotografías de esta plana están bien visibles las diferencias. Entre padre e hijo hay media vida y una línea divisoria. Con uno agoniza, casi muere, el siglo XIX; con el otro, pictóricamente, empieza el XX. Ambos cuadros pertenecen a la riquísima colección Lázaro y hablan por sí solos de la linajuda estirpe artística de una familia. En una de las obras, «En tendido», se acusa la influencia goyesca: en la otra, «Capea», de Eugenio Lucas Villamil, se descubren los cimientos de la actual pintura taurina. Viendo este cuadro se explica uno la vitalidad del género impresionista.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

EL DOCTOR BEJERANO

recuerda los tiempos en que los chicos jugaban al toro

La herida que le produjo un "miura" con un cuerno de... carnero



El ilustre doctor Bejerano es médico porque... no pudo ser torero, como veremos en seguida. Eso ha salido ganando la ciencia de Hipócrates, en la que tanta autoridad y prestigio ha alcanzado, y eso ha salido ganando también, probablemente, la fiesta de toros. Porque él es el primer conven-

cido de que no hubiera pasado de una medianía en el arte de Cúchares. Pero su afición era tanta, tanta...

—Mire usted —empieza diciéndonos—, yo he ido a los toros desde que era muy pequeñito, tanto, que no me es posible acordarme de cuándo fue la primera vez. El recuerdo más antiguo que tengo es la cogida de Bienvenida, padre, en la Plaza de Madrid, aquella cogida que fué casi la que le apartó de los toros. Debía yo tener entonces unos diez años. Mi padre, que era aficionadísimo, me llevaba con él. Pero mi entusiasmo no se limitaba sólo a ir a la Plaza. Entonces los chicos jugábamos al toro. Todos los ahorros que podía reunir, todo el dinero que me daban en casa cuando sacaba buenas notas en el colegio, era destinado a comprar las cosas necesarias para el juego taurino. Las cabezas de mimbre las compraba en la Plaza Mayor, en una tienda que aun existe y que tiene en la muestra una cabeza de éstas, llena de polvo, como un símbolo de la decadencia de la fiesta. Era un juego infantil, pero nosotros lo tomábamos muy en serio. ¡Como que tuve una cornada y todo!

—¿Caramba! Eso sí que es raro... ¿Quiere explicármelo?

—Mis proezas de esa época se desarrollaron en Polán, el pueblecito de mi padre en la provincia de Toledo. Los chicos teníamos allí organizado todo el espectáculo. La «ganadería» se componía de cincuenta muchachos que, llegado el momento, se armaban con cuernos de carnero. Otros eran «caballos». Había cuadrillas completas y teníamos una Plaza en miniatura, a la que no le faltaba detalle. La pelea en competencia la formábamos otro chico, a quien apodábamos Falco, y yo, que era Minuto. Un día se organizó una discusión sobre nuestra valentía entre nuestros partidarios, y yo pedí que al día siguiente me soltaran al Cano.

—¿Y quién era el Cano?

—Un muchacho terrible que estaba considerado como el «miura» de la «ganadería». A la salida de un quite, en el que los «picadores» le habían castigado mucho con los palos, se vino a mí con los ojos inyectados en sangre. Había tal odio en su mirada, que saltó corriendo para ganar la barrera, y cuando estaba dando el salto me dió una puñalada con el cuerno de carnero que me dejó para toda la vida una cicatriz en el muslo, como las que tienen los toreros de verdad y las que dejan los toros de verdad. Quince días tuve que estar

en la cama. Excuso decirle que mi padre decidió terminar la temporada, y así fué mi primera retirada, prevista por el mando... paterno.

—¿Es que hubo más retiradas?

—Ya le digo que yo tenía mucha afición, y luego, ya mayorcito, toréé en algún festival que otro, hasta que alterné mano a mano con Juan Belmonte en una becerrada en Cerdilla. Esto fué entre la primera y segunda retirada del famoso diestro. Belmonte estuvo indescriptible. Yo... un poco menos. No sé cómo murió el bicho que me tocó en suerte. Pasé tal miedo, que no pude darme cuenta de nada. Y este miedo fué el que me convenció definitivamente que era mejor seguir la carrera de Medicina, porque en los ruedos no se me había perdido nada. En el fondo le estoy agradecido a aquel pánico que me quitó las ilusiones.

—¿Usted fué entusiasta de Belmonte?

—Yo fuí joselista, sin negar los múltiples méritos de Belmonte, de quien recuerdo una faena inmensa, en una tarde en que alternaba con Celita y Fortuna. Fué para él algo apoteósico, que tuvo además el detalle de que toda la faena fué realizada debajo de la localidad que ocupaba un popular crítico que venía negando sistemáticamente el toro de Juan. Esta es, seguramente, la faena que con más agrado recuerdo. Y si quiere que le diga cuál es la cogida más aparatosa que he presenciado, le diré que fué a don Luis. Yo, a Magritas, que lleva cuarenta años poniendo palitroques, le llamo siempre don Luis; ¿no le parece a usted?

—Me parece muy en su punto.

—Pues a don Luis, que iba entonces de banderillero con Vicente Pastor, le cogió un toro de tal manera que, sin exageración, le tiró y lo recogió ¡o menos quince veces. El toro estaba tan en el lado con él que no había modo de quitárselo de encima. Creíamos que Magritas estaría roto. Pues bien: no recibió ni una sola cornada. Cuando le recuerdo esto, dice que todavía tiene los cardenales.

—¿Con qué época de las que ha conocido se queda usted?

—Me quedo con todas. Las de ayer y hoy son parecidas... aunque parecidas nada más. Se puede decir que antes se iba más a ver al toro. Por eso, quizá, estaría bien ahora no seguir llamándola fiesta de toros, sino fiesta de toreros, porque hoy se va a ver al torero y a ver una clase de torero. En otros tiempos se podían perdonar muchas cosas porque el diestro había de ajustarse a las condiciones del cornúpeto y darle la lidia requerida. La suerte de varas era muy importante con aquellos toros a los que había que restar fuerza y poder. Se iba al quite efectivamente, o sea a quitar el toro para salvar al picador y al caballo, que siempre rodaban por la arena. Hoy, los quites se hacen para lucimiento, y la suerte de varas ha perdido



gran parte de su significación. Tenemos actualmente más calidad y hemos perdido cantidad. No hay que negar que existe más arte, más belleza plástica... Y es así porque el público exige una clase de torero y el diestro se ve obligado a hacerla. Es el público el que lleva pensada a

la Plaza la faena que deben hacer los toreros, y si no la hacen, protestan.

—Y, claro, ha habido que «inventar» toros para este torero.

—Naturalmente. Pienso que debía haber corridas para lidiar y corridas para torrear. Lo que sí veo es que puede llegar un momento, al paso que vamos, en que se torree sin toro, como dicen que le han propuesto a Manolete en Norteamérica.

—¿Es que los toros de hoy no ofrecen peligro?

—Yo hablo de los toros de mañana. Los de hoy lo tienen, indudablemente. Pero es mucho más fácil engañar a un niño que a una persona mayor. No hay que hablar de toros grandes o pequeños. La edad es lo único que cuenta. A mayor edad, mayor peligro.

—¿Y... protesta usted en la Plaza?

—Nunca. Soy pacífico, por convicción y por higiene.

—¿Cómo por higiene?

—Sí. Gritar es muy malo para la garganta. Aplaudir es más saludable. Si llegara un momento en que me desagradara la fiesta, dejaría de ir a la Plaza, lo cual me resultaría más económico.

—¿Es partidario de alguna figura determinada?

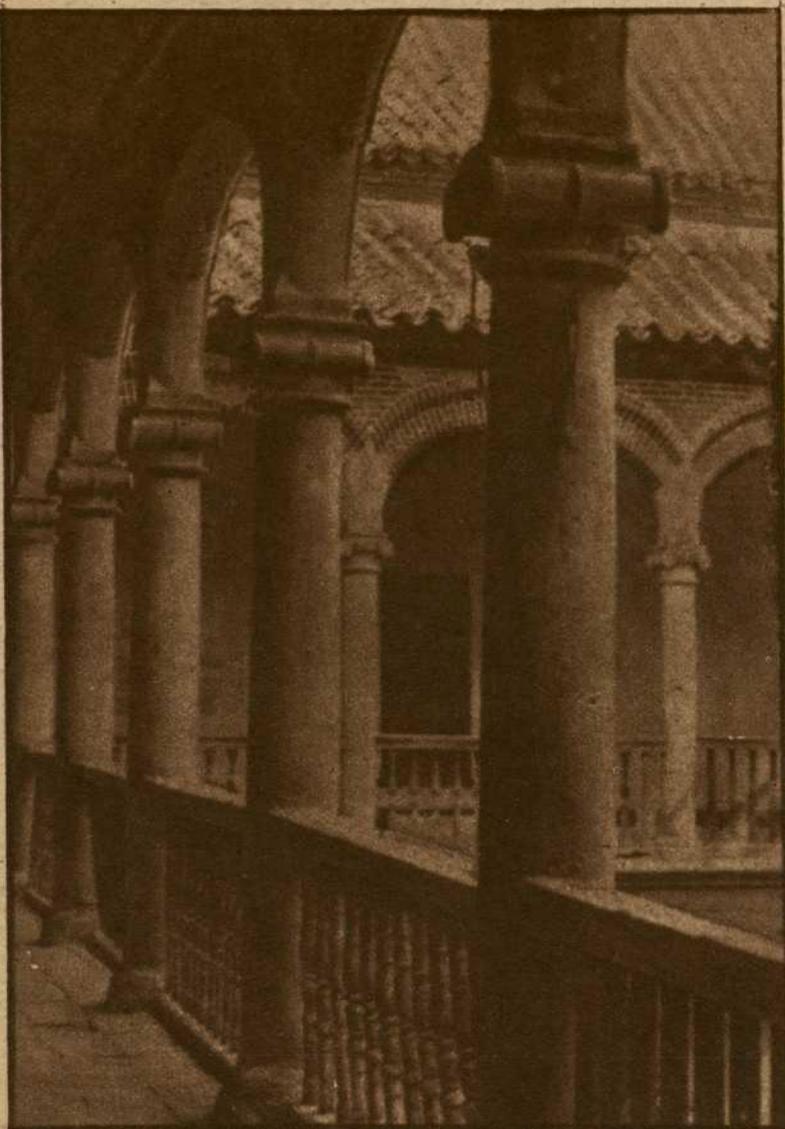
—Soy partidario de todos los toreros buenos, y hoy lo son todos o casi todos. Lo que ocurre es que unos tienen más constancia que otros. Y esta perseverancia es lo que les hace subir...

Se queda unos instantes suspenso, como si meditase las palabras que acaba de pronunciar.

Y como mira impaciente su reloj, sospechamos que es su hora de consulta y dejamos a este gran especialista que soñó con ser torero... pero que despertó a tiempo.

EL CRISTO DE LOS TRAPEROS

Se celebraba con el producto de las crines y las colas de los caballos muertos en la Plaza de Toros de Madrid



Esquinazo del lado d l mediodía del Claustro principal o del Silencio del antiguo convento de religiosas Jerónimas de la Concepción

ENTRE las imágenes del Crucificado que mayor popularidad han tenido en Madrid, se menciona la que veneraba la Cofradía de los Traperos. Contribuyó mucho a esa popularidad el que la Cofradía fuese muy conocida entre los aficionados a los toros, los cuales sabían que todos los años era destinado el producto de las crines y de las colas de los caballos muertos en la Plaza a costear una función religiosa dedicada al llamado Cristo de los Traperos.

Este Cristo, tan rodeado de devoción y tan visitado en los días cuaresmales, estaba en la iglesia de la Concepción Jerónima, iglesia que ya no existe, como tampoco el primitivo convento al que pertenecía.

La comunidad, cuando iba a ser derruido este monasterio, se trasladó a una casa de la calle de Velázquez, esquina a la de Lista. Allí se guardan las cenizas de la fundadora del convento de Jerónimas, doña Beatriz Galindo, más conocida por la Latina, maestra y camarera de doña Isabel la Católica.

Las fundaciones de la Latina

La calle de la Concepción Jerónima formó parte en algún tiempo de la que llamaban de Marquina, porque en ella vivió el corregidor de Madrid del mismo apellido. En esta calle, ahí donde arranca la del Duque de Rivas, se mantuvo durante algunos años en pie el viejo convento de las monjas Jerónimas.

Beatriz Galindo había fundado también, en la calle de Toledo, un monasterio para religiosas franciscanas, y quiso establecer junto a éste de las Jerónimas. Pero

le fué denegada la autorización para la existencia de un monasterio junto a otro y entonces la Latina determinó que se erigiera el nuevo convento de la Concepción en una finca de su esposo, don Francisco Ramírez, con lo que un trecho de la calle se denominó desde entonces de la Concepción Jerónima.

Es gracioso el adentrarse por cuanto hay escrito acerca de las vicisitudes de este templo, pues cada cronista compone una historia diferente dentro del sintetismo con que siempre ha sido tratada esta fundación de la Latina. Las crónicas de Madrid han concedido mucha más importancia a la otra fundación de Beatriz Galindo, a la de la calle de Toledo, por la riqueza artística del edificio que la albergaba. Y este convento de la Concepción Jerónima siempre ha sido tratado con brevedad y sin ponerse de acuerdo los cronistas en cuanto podría ilustrarnos hoy acerca de la fiel y tallada historia de ese casillero madrileño de la Concepción Jerónima.

La fiesta de los traperos

La Cofradía de los Traperos debió de ser muy pintoresca, según son las noticias que se conservan. Tenían los inscritos en ella el afán de vestir con elegancia el día en que se celebraba la fiesta en honor del Cristo. Gente que a diario vestía descuidadamente y con ropas mugrientas y deshilachadas, cuando se veía con trajes estirados, limpios y flamantes, adquiría una solemnidad y una afectación que daban en lo cómico. Eran frecuentes los colorines detonantes, las hechuras muy estrafalarias y los adornos muy vis-

tosos. Todo esto lo reputaban ellos como una suprema elegancia. Y se establecían dentro de ella competencias que eran también muy divertidas.

Muchos cofrades iban con toda su familia, que también se vestía con sus ropas domingueras. Abundaban los niños, en cuyo agasajo acudían los vendedores de golosinas al pórtico de la iglesia, a ofrecerles, por muy poca calderilla, unos dulces grandes y melosos pintados de colores audaces.

Los toreros tenían puesto preferente en esa festividad. Como la gente sabía que los diestros de moda concurrían a la función religiosa, iban muchos curiosos para verlos a la salida del templo.

Gustaban los toreros de verse así rodeados de estas manifestaciones de simpatía. Y les era grato también que los traperos les considerasen como cofrades honorarios y les tuvieran muchas atenciones y les asegurasen que estaban siempre prestos a proclamar sus arrojos en los ruedos.

En las tabernas de la calle de Toledo —muchas de las cuales tenían en las paredes láminas de esos diestros populares— había gran afluencia de traperos después que concluía la solemnidad en la iglesia de las Jerónimas.

Repercutía, pues, la fiesta fuera del templo conventual. Las calles inmediatas a éste se poblaban de los trajes

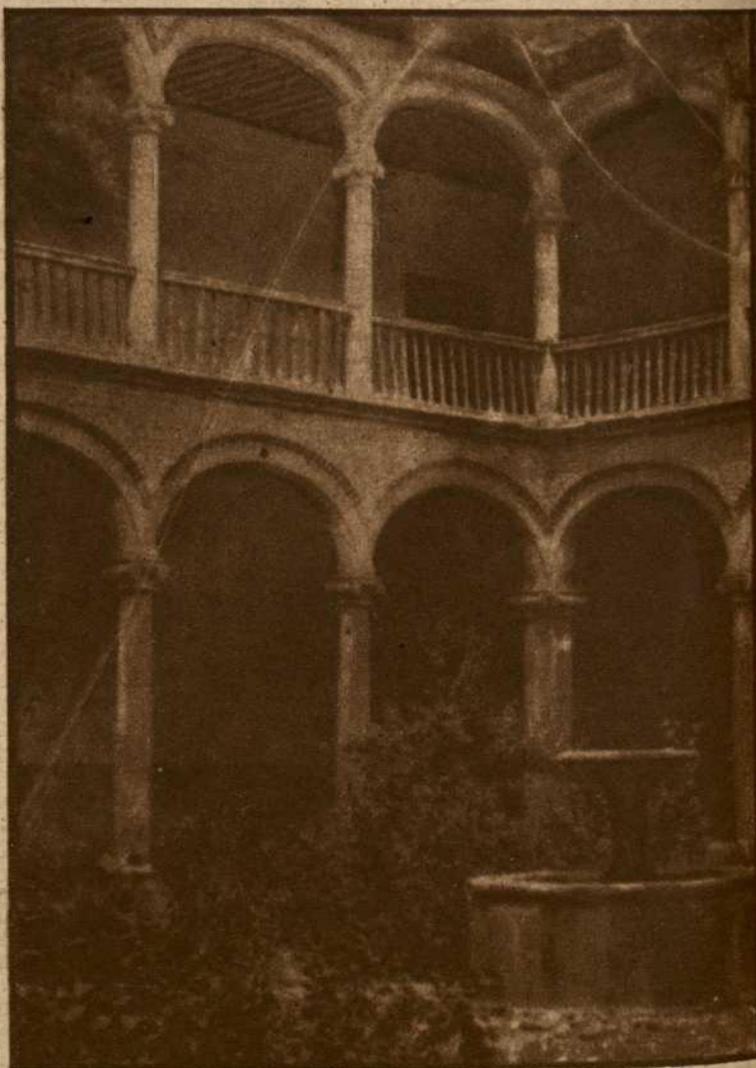
fanfarrones que los traperos llevaban ese día. En la Ribera de Curtidores era donde principalmente tenían comentarios esos vestidos rimbombantes de quienes utilizaban para engalanarse prendas pasadas de moda, pero muy llamativas y tiesas. Allí, los chiquillos que acababan de ver a los toreros, se sentían deslumbrados por la aureola de éstos y empezaban a ejercitarse ávidamente en las suertes de la lidia. Las madres, aterradas, les reprochaban enérgicamente: «Para eso os he vestido yo de nuevo, para que os pongáis a jugar...» Pe-

ro ellos no hacían caso y persistían en simular la muerte de un toro imaginario.

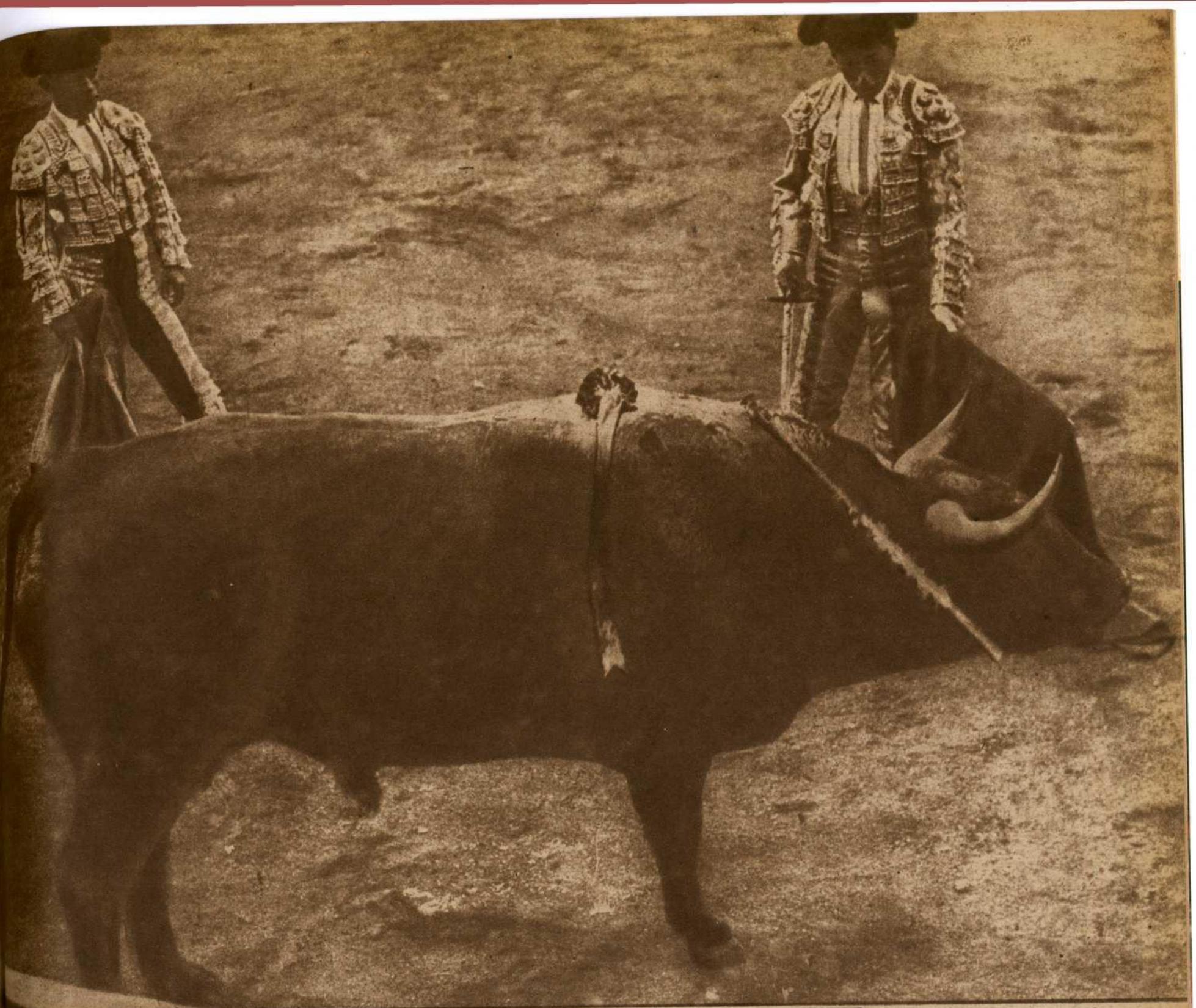
¡Era la fiesta de los traperos, en la iglesia de la Concepción Jerónima, una herencia de aquella romería que en el siglo XVII celebrábase el 25 de abril en la calle de Fuencarral, hacia la ermita de San Marcos? Acaso no haya línea recta que anude ambas fiestas; pero también consta en las crónicas del viejo Madrid que aquella romería de la mañana de San Marcos, conocida por «el Trapillo», convocaba a todos los traperos de los barrios bajos y que por presenciar tan pintoresco desfile salían a la calle los nobles, pero nunca empernejados, sino con trajes modestos y sin ostentación de joyas.

Pero todo esto no tiene aquí referencia sino como posible antecedente de esa solemnidad en la que era invertido el producto de la venta de las colas y las crines de los caballos de la Plaza de toros. Hasta ese momento nada había tenido que ver la torería con la fiesta de los traperos. Mas cuando ésta quedó cimentada en una consecuencia de las corridas de toros, los lidiadores hicieron presencia en ella, y allí, en la calle de la Concepción Jerónima, formó corrola popularidad, por ceñir con ella al ídolo y a punto ya de llevarlo en triunfo, sobre los hombros, por las calles de un Madrid castizo y zaragatero.

FERNANDO CASTAÑ PALOMAR



Claustro alto y bajo llamado de las Lilas (Fotos Santos Yubero)



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

CON LA MONTERA PUESTA

NUNCA mejor que hoy lo de la estampa de otros tiempos. Y decimos esto, porque recientemente —el domingo hizo ocho días— se demostró que eso de matar con la montera puesta ya ha pasado a la historia de la Tauromaquia. Pero como resultase que el citado domingo, los que se llaman aficionados y presumen de haber visto a Bombita y Machaquito, y hablan con mayor desentado hasta de Lagartijo, se levantaron en el tendido y llenaron el ruedo de airadas protestas por el simple hecho de que el buen novillero Manuel Alvarez saliera a matar su segundo toro con la montera puesta, hoy publicamos esta fotografía de Fuentes con el estoque en la diestra y la muleta en la siniestra y la cabeza bien cubierta, esperan-

do a que caiga el toro, al que ha herido ya de muerte, simplemente para demostrar a los recién llegados —¡cuánto tienen que aprender!— que esto se ha hecho siempre y que nunca ha sido muestra de desatención para con el público.

Desde que la montera empezó a rodar por el callejón, después del brindis de ritual, ha venido sucediendo en los toros que cuando los matadores, en

su segundo toro, no brindaban a nadie, despachaban el toro o el novillo con la cabeza cubierta. Si después, si hoy, no se veía por las Plazas, es debido a que por comodidad del diestro, brindase o no, se iba dejando la montera en el callejón. Y como quiera que el ejemplo fué cundiendo, se llegó a estas alturas en que no se veía a ningún matador llegar a la faena de muleta llevando puesta la montera.

Lo cual no quiere decir, si es que hoy sale un torero de este modo, que no guarde al público el respeto que le debe. Sino que trata de volver por los fueros antiguos, cosa, por otra parte, digna de elogio, ahora que la Fiesta tan necesitada está de inyecciones.

Y ninguna mejor que esta.



EL PASO ATRAS



LEO en un libro de toros que Lagartijo ideó el paso atrás para *altivarse* en la suerte suprema.

Hallábase el Califa, en una tarde estival de 1883, dando vueltas con unos aficionados donostiarros por el paseo de la Alameda, de San Sebastián, cuando uno de los del corro puso sobre el tapete lo del paso atrás, después tan debatido, cuyo origen se atribuía al gran maestro de Córdoba. Lagartijo lo explicó de este modo:

"Una tarde que pasaba yo duquitas de muerte con un toro, el Tato me llamó a su vera pa desirme: "Te veo mu malito, Rafaé, y tienes que tomá una medisina." Comprendí el *bustilís* del consejo y lo seguí. Ese es el paso atrás."

Esto dicen que dijo Lagartijo. Pero... ¿es cierta la anécdota? ¿Pudo el gran torero recabar para sí el origen de este

recurso? Y... ¿es, en todo caso, el paso atrás un recurso? Me permito dudarlo. Y más adelante veremos cómo mi duda se resuelve en una negación. No es un recurso. En cuanto a que Lagartijo se reconociera como iniciador del paso atrás, mi duda es certidumbre de que jamás pudo atribuírselo. ¿Por qué? Porque Lagartijo *vió* dar el paso atrás, y alguno más, en la suerte del volapié, a los grandes maestros, sus predecesores.

El paso atrás, más o menos disimulado, era cosa corriente en la inmensa mayoría de los toreros del siglo XIX al ejecutar la suerte del volapié. El bello momento de citar a recibir, que exige los pies unidos, es otra cosa. En el volapié me atrevo a decir que es inevitable. Y lo es porque, por su naturaleza, es un movimiento muscular involuntario, incontrolado por la mente. Es, pues, un reflejo natural el que manda. Lagartijo, que lo daba sin adornos, sabía que sus contemporáneos más ilustres, Cúchares, Cayetano, el Gordito, Frasuelo, y los ya mentados, el Tato y Cara-Ancha, también lo daban. Y si esto ocurría con los toreros de entonces, no es difícil imaginar que los antiguos no se abstuvieron. El mismo Bellón, el Africano, y el propio Costillares, ambos inventores del volapié, ejecutaron por fuerza el consabido paso atrás cuando, en la imposibilidad de recibir a los toros aplomados, tuvieron que *ir a ellos* en el arranque impetuoso del volapié. ¿Cómo, si no, crear la fuerza incontrastable que va del talón al puño y del puño al acero, para clavarse en la cruz sin una desviación? El paso atrás es el trampolín del empuje necesario, lógico y hasta biológico, en que el torero *lía* para meterse en la cara. Es el mismo paso instintivo del acróbata cuando inicia el salto, del discóbolo cuando lanza el disco y del pugilista cuando estudia al adversario, en un movimiento bascular de atrás adelante, para colocar con fuerza irresistible su directo en la mandíbula del enemigo. En esgrima se llama *romper y caer en guardia* a un retroceso que no es otra cosa que un paso atrás sistematizado para engendrar oportunamente el fondo o golpe recto.

Queda sin decir —mas lo digo a mayor abundamiento— que no debe confundirse el paso atrás del instinto, necesario para engendrar el viaje, con esotro paso atrás cauteloso del diestro que se sale taimadamente de la recta en el momento de herir, tomando la salida con marcada desviación; ni tampoco con los pasos atrás, signo desordenado del miedo.

El paso atrás, insistimos, obedece en el primer caso a un resorte natural de nuestra fisiología, que de ningún modo desvirtúa la suerte del volapié cuando ésta se ejecuta con las reglas precisas; como tampoco afecta su ejecución al mérito o demérito de los espadas. He leído, no recuerdo dónde, que un gran torero, a quien se le reprochaba como una falta, lo justificaba con este clarísimo ejemplo ante un grupo de aficionados:

"El paso atrás del torero contra el toro es como si un hombre viniese sobre mí con la intención de darme una bofetada; yo no tengo inconveniente en encajar el golpe sin pestañear si el agresor me lo da con los pies reunidos; pero que lo *aguante su lía* si, para tomar viaje, da un paso o dos hacia atrás."

¡Qué modo tan gráfico de expresar la necesidad del paso atrás y su naturaleza instintiva! —FEDERICO OLIVER

Alanceó un toro con motivo de las fiestas por el nacimiento de Felipe II

ES sabido que el emperador Carlos I era gran aficionado a las fiestas de toros y que en solemnidades especiales tomó parte en ellas, alanceando a los "jarameños" con sin igual pericia.

Los caballeros de su Corte, por halagarle y rendirle la pleitesía que merecía, le siguieron en su taurina y caballeresca afición, dando lugar a que en aquellos años se dieran en España extraordinarias fiestas de toros y cañas.

Entre todas ellas resalta por su boato y magnificencia la que tuvo realización en Valladolid el año 1527, con motivo de la venida al mundo del rey Felipe II.

Según viejos relatos, la fiesta se desarrolló así:

El jueves 12 de junio la emperatriz se levantó del lecho por primera vez después de su alumbramiento. Para celebrar el suceso, el emperador dispuso que continuasen las fiestas, entre ellas una de toros y cañas, justas y otros regocijos.

Para la celebración de la primera se acondicionó la plaza de San Francisco (hoy Plaza Mayor). Se levantaron lujosas tribunas para la emperatriz y su Corte y amplios tablados para la nobleza y personas de privilegios.

Se dió suelta al primer toro, que era jarameño puro, negro, de grandes y afiladas astas y de preciosa lámina.

El emperador se dispuso a citarlo; pero el toro se refugió en un rincón de la Plaza, y allí aquerenciado, no quería embestir.

Entonces, don Pedro Vélez, caballero con fama de muy entendido en cuestiones de tauromaquia y alanceador formidable, quiso librar a su señor de aquella situación embarazosa, y acercándosele, le dijo:

—Así le había de llamar Vuestra Majestad para que le entrase.

—Id vos. Veamos cómo lo hacéis, mi buen Vélez—le replicó el monarca.

Don Pedro, acompañado de sus pajes y escuderos, se fué hacia el toro, y después de algunos cites consiguió que se le arrancara, con tan mala fortuna, que el caballo resultó cogido, y éste y el caballero rodaron por el suelo. Levantaron los pajes a don Pedro, que, decidido a mostrar su valor, empuñó su espada para, pie a tierra, dar fin al jarameño; pero las fuerzas le flaquearon a causa de las heridas y magullamientos que había recibido. Los pajes le retiraron de la Plaza, y cuando pasaba por el sitio en que se encontraba el emperador, éste le dijo con sonrisa maliciosa:

—Don Pedro, esa "lección" no la pienso tomar, si a Dios place.

El toro, después de cornear con verdadero celo al caballo de don Pedro, volvió a su querencia, y allí fué a buscarlo el emperador para darle muerte.

En la Plaza hubo un momento de expectación. La emperatriz dió ostensibles muestras de temor. Todos los concurrentes quedaron en angustioso silencio, pendientes de lo que ocurriera en la Plaza.

Esta vez se arranca noblemente el toro, y el monarca lo burla y lo torea llevando al caballo muy bien dominado, obligándole a rápidas y graciosas evoluciones. Cuando estima el momento oportuno da al jarameño un certero golpe de lanza en el cervigullo, que le hace rodar como fulminado por el rayo.

El entusiasmo que produjo la hazaña del monarca fué inenarrable.

De esta fiesta hay testimonio de Fray Prudencio de Sandoval, cronista del emperador.

ANTONIO MARTIN RUIZ



XEREZ-QUINA

EL APERTIVO QUE TOMA TODO EL MUNDO

VALDESPINO
JEREZ

ACEYTE YNGLES

PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 150

HACE algunos años publiqué una semblanza del gran lidiador cordobés y en ella me ocupaba principalmente de su gloriosa actuación taurina, elogiando como merecía la elegancia inimitable con que manejaba la capa; el arte supremo con que siempre aplicó la muleta dándole el empleo más inteligente y adecuado a la condición de los toros, y la justeza y seguridad con que acometía y remataba la suerte de banderillas, lo mismo cuando de frente marchaba hacia las reses que al esperarlas para realizar sus incomparables quiebros.

Alabé, por ser obligada justicia, sus condiciones como hombre, citando rasgos generosos de su vida y su caballerosa conducta en todos sus actos; pero pasé como sobre áscuas sobre los detalles de su corte de coleta, porque entonces me parecía prematuro mencionarlos por estar relativamente cerca lo acontecido en relación al tiempo. Hoy se pueden relatar, ya que tienen más sabor histórico que de actualidad.

Lagartijo, a pesar de la enorme popularidad que disfrutó durante muchos años y de los aplausos clamorosos que todos los públicos le prodigaban, nunca fué vanidoso y si alguna vez sintió la vanidad, supo disimularla. Sério, de pocas palabras y nada comunicativo, sin dejar de ser cortés y atento en su relación personal, se distinguió siempre por su poca afición a la broma y a la charla. Y no era así porque careciera de inteligencia, que la poseía bien clara y despejada, sino porque su carácter le retraía de las expansiones íntimas que solamente reservaba para contadísimos amigos.

No obstante su gran personalidad en la tauromaquia, era enemigo de toda exhibición, y cuando salía de la Plaza, aun en los días de triunfo resonante, volvía a ser el mismo hombre que no ansaba llamar la atención en la calle, cosa rara en los toreros aplaudidos que en general han deseado hacer el mismo papel de ídolos en la vida privada vestidos de paisano que en el ruedo adornados con el atuendo de luces.

Por esa manera de pensar suya, cuando llegó la hora de cortarse la coleta, no acompañó ese acto, que ponía fin a su profesión, de las solemnidades y ceremonias que en aquellos tiempos ya lejanos era uso en los diestros que habían llegado a la cumbre.

Decía yo entonces textualmente al ocuparme de ello: «El gran califa de Córdoba, consecuente con su conducta, no dió importancia alguna a lo que otros han cuidado de hacer resaltar con presuntuosos reclamos».

A la sombra de una encina de su finca «Pendolillas» y sin más compañía, en aquella soledad campestre, que la persona a quien había consagrado todo linaje de preferencias durante su viudez, manos femeninas, cuidadosas y amantes, cortaron la trenza que había osten-

PAGINAS DE MI ARCHIVO

LA COLETA DE RAFAEL MOLINA LAGARTIJO



Lagartijo en el acto de cortarse la coleta el 4 de junio de 1893

tado en el curso de su dilatada y gloriosa vida de torero incomparable.

Cuando yo escribía en esta forma, ya guardaba en mi archivo la carta que había recibido de un entrañable amigo mío, que aún vive, octogenario como yo, y que es persona inteligente, acaudalada y seria.

En ella contestaba, como se verá en seguida, a la pregunta que le hacía sobre la verdad de la fotografía que va unida a este artículo, que ya obraba en mi poder, y de cuya realidad había dudado siempre, conociendo el modo de pensar de Lagartijo, refractario a todo reclamo personal, revelador de una egolatría que rechazó siempre por natural impulso de su carácter.

La citada misiva no la publiqué íntegramente porque no lo juzgué discreto dada la relativa proximidad de lo sucedido; pero hoy, como digo al principio, no tengo inconveniente en darla a luz, porque el transcurso del tiempo lo justifica. Dice así la referida epístola:

«Querido Natalio: Recibir tu carta y echarme a la calle en busca de los datos que deseas, fué todo una misma cosa. El que le corta la coleta a Rafael fué su barberero, que se llamaba Miguel Carrasco Moreno. El testigo presencial es Antonio Bejarano Quesada (a) Carrana, y la mujer que está en jarras, a la derecha del barberero, es Dolores Bejarano Quesada, hermana del Carrana. El fotógrafo se llamaba Tomás Molina».

Me dice Carrana, único superviviente del grupo, que éste es un simulacro a que se prestó Rafael por favorecer con la fotografía a su barberero; porque Rafael se cortó la coleta en su finca «Pendolillas», debajo de una encina, y se la cortó Dolores Bejarano, que, como creo que sabrás, fué la mujer que le acompañó desde que quedó viudo.

El patio que representa la fotografía es el de la casa en que vivía Dolores en la calle de Domingo Muñoz.

Creo que los datos que te envío son los que deseas conocer.

Un abrazo muy apretado de tu amigo Rafael.»

«Luego, de palabra, en mis frecuentes estancias en Córdoba, me añadieron que el peluquero Miguel Carrasco servía a Lagartijo hacía muchos años y le profesaba especial afecto, y que cuando le rogó que se prestara al simulacro del corte de la coleta, se negó rotundamente; pero era el famoso diestro tan buen amigo que, comprendiendo que la fotografía en cuestión favorecería al barberero y que éste lo solicitaba con vivísimo interés, no tuvo inconveniente en complacerle, a pesar de que con ello contrariaba su conocida repugnancia hacia toda exhibición aparatosa».

NATALIO RIVAS

(De la Real Academia de la Historia)

EL PROBLEMA DE LOS SUBALTERNOS

El cumplimiento del acuerdo firmado para la formación de las cuadrillas mejicanas puede impedir la actuación de algunas figuras

LA constitución de las cuadrillas de los mejicanos, como igualmente de los nuestros que fueron a Méjico, tenían que tener como mínimo un banderillero y un picador de dicha nacionalidad. Esto no era ignorado por ninguno de los diestros ni de sus apoderados. Pero las dificultades económicas de las modestas figuras motivó cierto olvido de las cláusulas establecidas en el convenio firmado en finales de junio de 1944, al acabarse el conflicto taurino entre mejicanos y españoles. El sacrificio económico no compensaba a algunos de los que, por su modestia, tenían firmadas un corto número de corridas, o para aquellos que invernarón junto a nosotros, en espera de comenzar la temporada en las primeras organizaciones que se montaran, aprovechando, naturalmente, la ausencia del elevado grupo de figuras españolas que fueron a Méjico.

Sus pequeños ingresos no les permitían atender al viaje y manutención de dos personas por espacio de seis meses, lo que viene a durar la campaña taurina en España.

Pero todo ello parece que no será punto de apoyo en quienes tienen la misión de hacer cumplir lo pactado, para suavizar el Reglamento sobre determinados artistas modestísimos, que, de cumplirse a raja tabla, se verían impedidos de actuar en las cuatro o cinco corridas que por término medio vinieron despachando en las anteriores temporadas.

Y la "bomba" ha caído en estos días por la calle de Alcalá. Centro de reunión de cuantos viven de la fiesta y ambiente propicio al comentario de todo detalle ligado con el toro.

¿Cómo ha sido acogida la noticia sobre el cumplimiento de los subalternos?

Esta pregunta, que se hará el aficionado, es contestada por aquellos que en la organización taurina tienen un puesto para asesorar sobre los problemas que se plantean de continuo, y también por el subalterno español, que con estas medidas sale perjudicado, al disponer de menor número de puestos en las cuadrillas a formar.

El nombre del primero hemos de silenciarlo. Se lo prometimos, y damos cumplimiento a ello, porque

ni entra ni sale en la cuestión. Y su opinión podía interpretarse torcidamente.

—¿Qué me dice del revuelo levantado con el cumplimiento de las disposiciones sobre los subalternos?

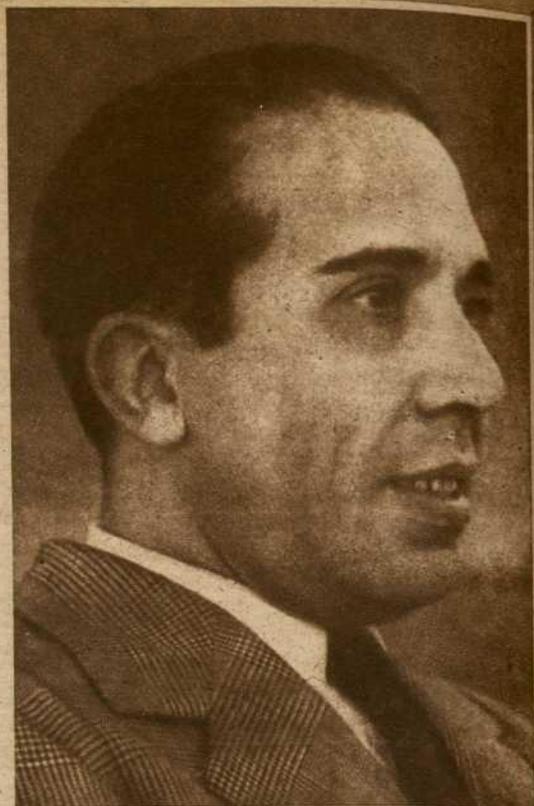
Buscamos información con cierta cautela. Y encontramos buena disposición de servirnos en quien puede aclarar los puntos en que está basado el acuerdo de 1944.

—Hace dos años, en junio de 1944, se formuló un Reglamento entre la representación mejicana y el Sindicato español. Por tanto, nadie puede llamarse a engaño, porque se les dió a conocer, tanto a los españoles como a los mejicanos, para su cumplimiento.

—Es tajante nuestro criterio —decía con firmeza nuestro entrevistado.

—¿Y el perjuicio que se va a irrogar a los modestos?

—En idénticas condiciones estaban nuestros toreros. Un caso reciente lo tenemos



Carnicerito de Méjico

con Angelete, que, sin corridas, fué a Méjico y llevó los dos hombres que le exigía el convenio.

—¿Pero no se llevaron a cambio ciertas innovaciones recientemente?

—Sí. Pero ninguna que anulara lo anterior, sino ratificación del número de subalternos y rectificación de otros artículos, en beneficio de las dos partes. Hubo petición de los propios mejicanos sobre la obligatoriedad de llevar un subalterno de a caballo y otra de a pie. Nosotros no pedimos nada, partiendo de ellos la rectificación. Y hasta se hizo la excepción con Armillita de dejarlo actuar con banderilleros, porque moralmente estaba dentro del número que se exigía.

—¿Y si no llegaran a tiempo?

—Sabían el convenio, y en el mes pasado se les anunció, dándoles un plazo de cincuenta días para que realizaran los trámites del viaje. Este termina el día 21, y a partir del día 22, cuantos no estén dentro de las disposiciones, dejarán de actuar. Para ello se han cursado las órdenes oportunas a la Dirección General de Seguridad y gobernadores civiles de las respectivas poblaciones.

En contraposición a este punto de vista, tenemos el del subalterno español, perjudicado en sus intereses.

También se refugia en el anónimo, por ser demasiado conocido, con veinticinco años de profesión. Es de los que habla por sus compañeros perjudicados. Por tanto, su punto de vista está enfocado sobre la protección que merece el subalterno español dentro de su Patria.

—En primer lugar —hablaba—, hubo retraso en comunicar tal acuerdo. A algunos espadas les llegó la noticia una vez emprendido el viaje, motivando grandes dificultades para iniciar sus actuaciones por los ruedos españoles.

Y en segundo término, el perjuicio que se hace a los banderilleros y picadores españoles, muchos ya contratados por los apoderados de los diestros, que encontraban mayor facilidad

con la contratación aquí: Toscano, Carnicerito de Méjico, El Espartero, Liceaga (si toma la alternativa) son los que, de momento, se verán obligados a interrumpir sus actuaciones, de no llegarse antes a un acuerdo.

Y si se lleva a raja tabla el cumplimiento, el día 22 éstos habrán de traer a dos subalternos para poder alternar con los españoles.

JOSE CARRASCO

ANGELETE



Arte, dominio, valor. He aquí las características del ya famoso matador extremeño. Aquí le vemos recibiendo la Medalla de la Asociación de la Prensa el día de su presentación en la Plaza del Touro de Méjico el día 24 de marzo nada menos que en esa tradicional corrida. Y luego, León de las Aldamas, Orizaba, Mexicali y hasta doce plazas más se conmovieron de emoción ante la maestría de este excepcional torero de Extremadura



¡Para la SOMBRA y el SOL!

Cada siete días una vara

Los novillos y los toros



En este último domingo, sin ir más lejos, se ha podido comprobar. Ha habido una novillada en la que el peso que dieron los

novillos era superior a todos los pesos que arrojaron las básculas de las Plazas en donde dieron corridas de toros.

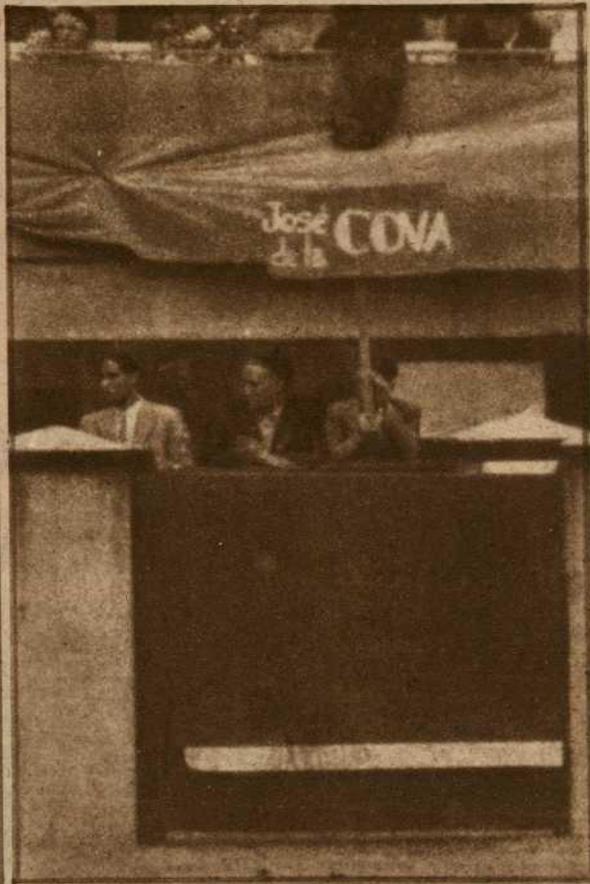
No es ésta la primera vez, y si la citamos es porque es la más reciente. Pero ante la insistencia, pensamos nosotros si es que estaremos equivocados y estaremos confundiendo los papeles. O, por el contrario, si serán los propios matadores de toros los que se confundan, y en vez de ir a una Plaza vayan a otra. Precisamente a la que menos kilos va a echar al redondel.

Algo de esto tiene que ocurrir, pues de lo contrario creemos que los novilleros debían exigir un aumento en sus honorarios, o los matadores —un poco avergonzados— una disminución en los suyos.

So pena que a última hora se descubra que los novilleros están dispuestos a dar la alternativa a los ases de la tauromaquia.

Que todo es posible.

El cambio



Decimos el cambio en el título y no nos referimos precisamente al que ejecutan algunos espadas puestos de rodillas, cuando el toro sale de los toriles. Señalamos, como puede verse en la foto, a otro cambio más desagradable: el de los toros. Y decimos desagradable, porque en los años que llevamos yendo a la fila quinta del tendido 7, no hemos visto más que a aquel toro de Manolete que saliera bueno en sustitución de otro de los reseñados en cartel.

Por eso, en realidad, debiéramos de titularlo el mal cambio.

Aunque, generalmente, la Empresa trate de darnos cova o de la Cova. Que es parecido. Y perdonen.

La Administración de las Revistas
**EL ESPAÑOL, FOTOS,
ASI ES, PRIMER PLANO,
VERTICE, ESCORIAL
y AFRICA**

se ha trasladado desde

CARRETAS, 10 A ALFONSO XII, 26

Una anécdota a la semana

Canario y negro

En cierta ocasión, El Espartero toreaba en Valladolid. Era una corrida de Miura, y el famoso torero aquella



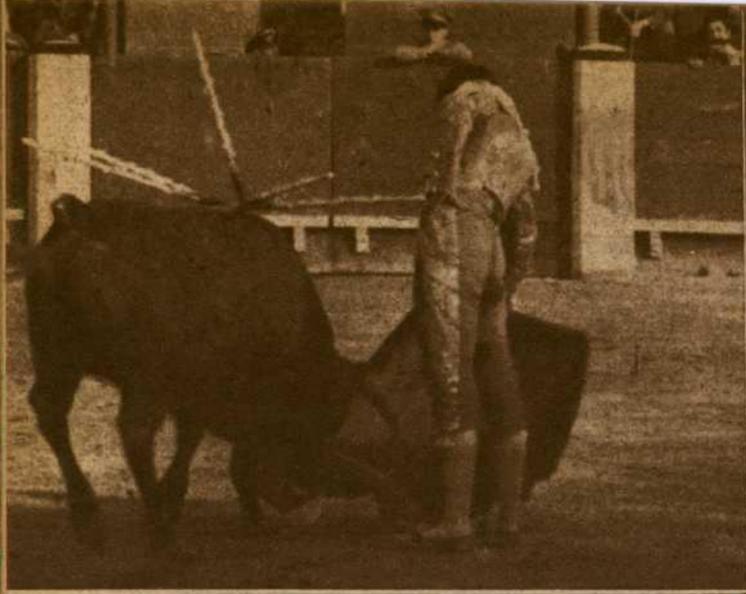
tarde se vistió de canario y negro con cabos rosa.

Había estado toda la tarde muy valiente, ganándose los aplausos del público, que en realidad no trató de escatimárselos, ya que se trataba de un torero que tenía la simpatía de todos por su valor extraordinario.

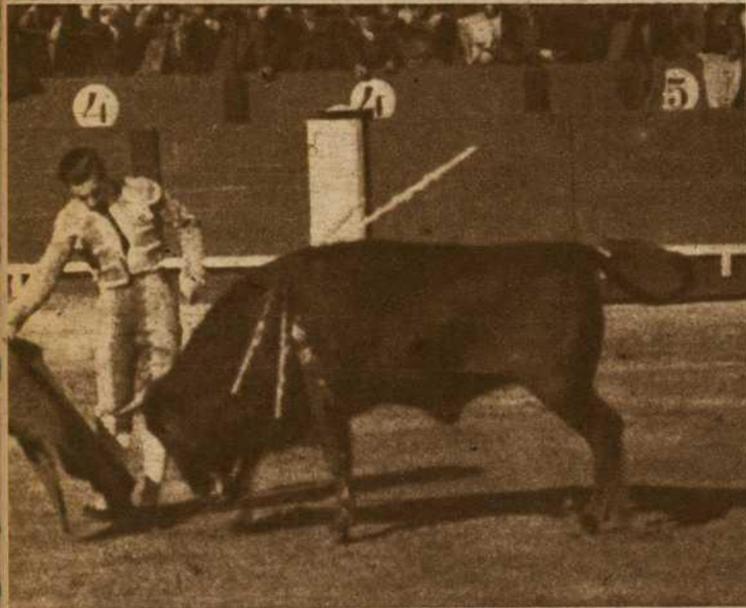
Al matar uno de los morlacos que le correspondieron, recibió un achuchón y salió volteado.

Se levantó ileso, y después de examinarse el traje, ya que otra cosa no tenía, dirigiéndose a los banderilleros que le habían hecho el quite, les dijo:

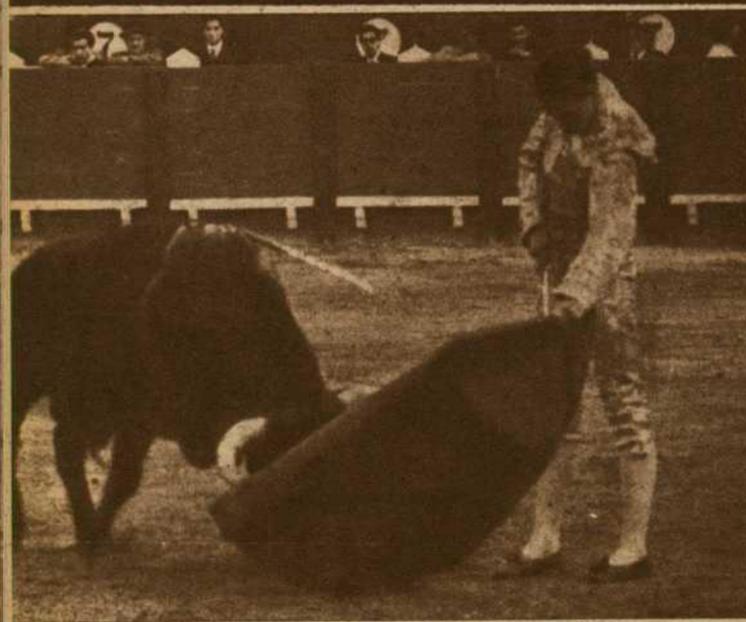
—¡Caray con el torito! ¡Ha salido listo! Fijarse que m'a visto vestío de canario y negro, y s'a dicho: «Este vuela como si fuera un pájaro».



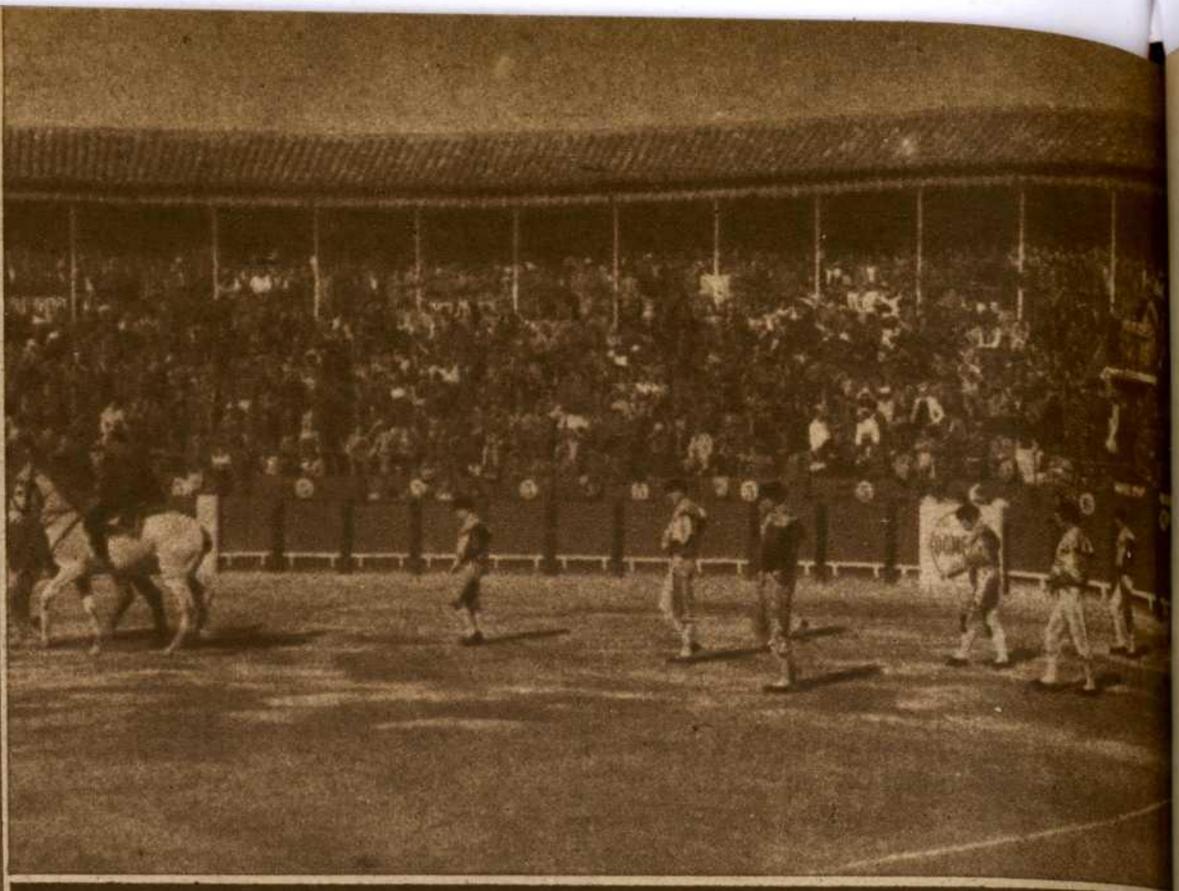
Armillita, en un rechazazo a su primer toro el día de la inauguración de la Plaza de Alcalá



Antoñito Bienvenida, en la faena de muleta, toros con la derecha y por bajo



Parrita, en un natural al toro del que cortó oreja. — Abajo: Armillita viendo morir a su primer toro

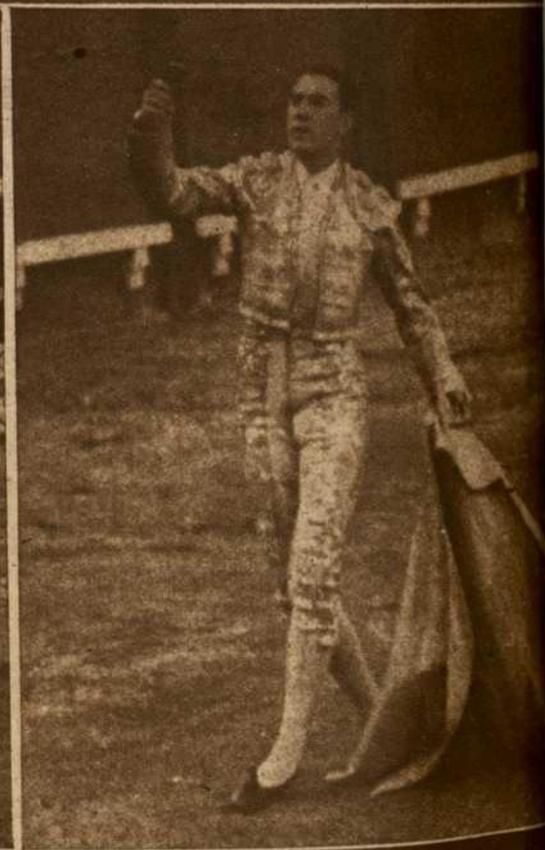


El momento de hacer el paseillo el día de la inauguración de la Plaza de Alcalá de Henares

Inauguración de la Plaza de Alcalá Toros de Guardiola para ARMILLITA, ANTONIO BIENVENIDA Y PARRITA



El toro que abrió Plaza en Alcalá. — Abajo: Antonio Bienvenida charla en el callejón con José María Alfaro



Parrita, con la oreja que se le otorgó, da la vuelta al ruedo. — Abajo: Armillita al intervenir en un quite (Fots. Mary y Baldomero)





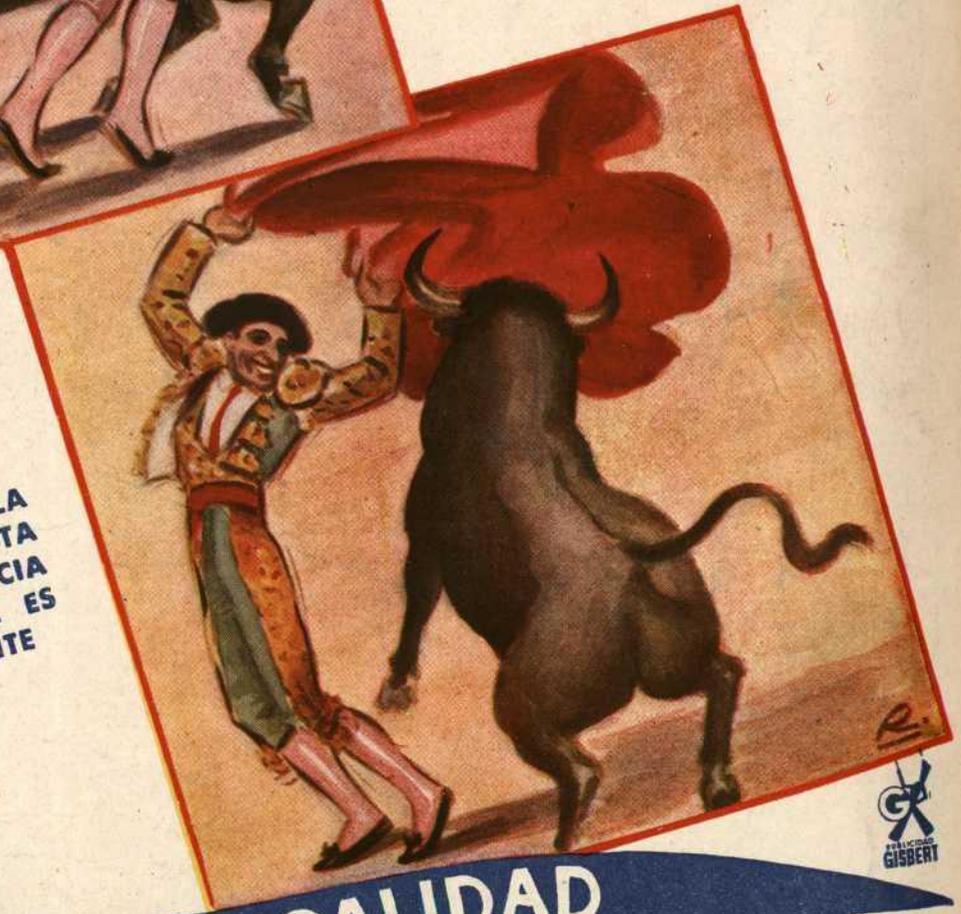
Esperando un descuido

SUERTES DEL TOREO

EL FAROL

EL FUNDADOR...Y SUS SEGUIDORES

FUE EL PRIMERO EN REALIZAR
ESTA SUERTE DE CAPA EL DIESTRO
MANUEL DOMINGUEZ, EN MADRID,
EL 17 DE MAYO DE 1855



EL DIESTRO QUE EN LA
ACTUALIDAD LA EJECUTA
CON MAS FRECUENCIA
Y MEJOR FORTUNA ES
JUANITO BELMONTE



...Y PARA CALIDAD

COÑAC FUNDADOR

DOMECCO